

SEÑOR, TE FALLÉ OTRA VEZ...



OSVALDO REBOLLEDA

SEÑOR, TE FALLÉ OTRA VEZ...



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica - **IA**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción.....	5
--------------------------	----------

Capítulo uno:

El dolor de creer que le fallamos.....	11
---	-----------

Capítulo dos:

Las batallas en el corazón.....	27
--	-----------

Capítulo tres:

Algunas historias de quienes fallaron.....	39
---	-----------

Capítulo cuatro:

Ninguna condenación.....	53
---------------------------------	-----------

Capítulo cinco:

Misericordias nuevas cada mañana.....	69
--	-----------

Capítulo seis:

Nuestras fallas no sorprenden a Dios.....	79
--	-----------

Capítulo siete:

Perdonados por Dios y por nosotros mismos.....89

Epílogo.....99

Reconocimientos.....103

Sobre el autor.....105



INTRODUCCIÓN

“Porque satisfaceré al alma cansada, y saciaré a toda alma entristecida.”

Jeremías 31:25

Hay una frase que muchos creyentes pronuncian con lágrimas, y que quizás más de una vez ha escapado de nuestros propios labios: *“Señor, te fallé otra vez...”* Esa confesión, nacida en medio de la culpa, el dolor y la frustración, refleja una tensión que atraviesa la vida cristiana: el deseo profundo de agradar a Dios y la amarga realidad de tropezar repetidamente con las mismas piedras. Entre la devoción sincera y la debilidad persistente se libra una batalla que, en ocasiones, parece imposible de ganar.

Cada creyente honesto, en algún momento de su peregrinaje, ha sentido que queriendo hacer lo bueno no pudo evitar lo malo. Luego, la invasión de la culpa le llena el corazón de angustia, y en ese estado de debilidad surge otra voz, más sutil y, por cierto, más cruel, que susurra al oído: “Has fracasado demasiadas veces; Dios ya no puede perdonarte, ya no eres digno de seguir adelante.”

Es precisamente contra ese susurro de condenación que se levanta este libro. Porque si bien el pecado hiere, confunde y destruye, la condenación nos paraliza, nos roba la esperanza y nos aparta de la fuente misma de la gracia. El

enemigo de nuestras almas no se conforma con vernos caer: quiere convencernos de que ya no vale la pena levantarnos. Quiere que creamos que somos casos perdidos, que Dios nos ha dado la espalda y que la misericordia se ha agotado. Pero nada podría estar más lejos de la verdad.

Las Escrituras nos revelan a un Dios que no se sorprende por nuestras caídas, porque conoce la fragilidad de nuestra condición. El salmista lo expresó con ternura: ***“Porque él conoce nuestra condición; se acuerda de que somos polvo”*** (Salmo 103:14). Dios nunca se engañó respecto a nosotros: nos amó sabiendo que éramos débiles, nos llamó sabiendo que íbamos a tropezar, y entregó a Su Hijo sabiendo que necesitaríamos un Salvador constante, no ocasional. La gracia de Cristo no es una póliza de seguro para accidentes raros, sino un río inagotable que fluye cada día, porque cada día necesitamos de Su limpieza y restauración.

No obstante, aquí radica una de las trampas más comunes de la vida espiritual: pensamos que, cuando pecamos, el gran ofendido y sorprendido es Dios, cuando en realidad, en primer lugar, somos nosotros mismos quienes quedamos defraudados. Creíamos que éramos más fuertes, más espirituales, más maduros; nos habíamos convencido de que ya lo teníamos bajo control. Entonces, al caer, la herida no solo es moral, sino también de orgullo.

No lloramos únicamente por haber desobedecido, sino también por haber descubierto otra vez nuestra vulnerabilidad. Y esa herida del ego suele transformarse en

un látigo despiadado con el cual nos azotamos a diario, con expresiones similares al rezo católico: “Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa...” Quizás esas palabras no formen parte de nuestro repertorio de oración, pero en esencia continúan vigentes bajo otras formas.

Este libro busca, entonces, levantar la mirada del creyente hacia la verdadera perspectiva del evangelio. El evangelio del Reino no se sostiene en nuestras capacidades, sino en la suficiencia de Cristo. No se edifica sobre nuestras victorias personales, sino sobre Su triunfo en la cruz. Mientras más pronto entendamos que no estamos llamados a vivir por la fuerza del esfuerzo humano, sino por el poder del Espíritu Santo, más pronto experimentaremos la libertad de una fe que descansa en la gracia.

Los ejemplos bíblicos nos ofrecen un mosaico de esperanza, porque Dios nunca ocultó la pecaminosidad de los hombres, incluso de sus siervos más apreciados. Eso es lo que hace mucho más creíble a las Escrituras: no nos presentan a superhumanos infalibles y ejemplares, sino a hombres y mujeres de fe, pero completamente normales, con todas las debilidades que podamos imaginar.

Sin embargo, y a pesar de las caídas y los errores, ninguno de los que se volvieron a Dios en arrepentimiento genuino quedó descalificado. Algunos sufrieron consecuencias, pero, al final, todos los que se arrepintieron de corazón fueron levantados por la mano de Aquel que es fiel, aun cuando nosotros somos infieles.

Las Escrituras nos abren una ventana luminosa frente a las tinieblas de la condenación. Las palabras de gracia no nos dejan en un mañana incierto ni en un ayer doloroso, sino en un presente inmediato donde el perdón de Cristo nos alcanza y nos cubre. En la Palabra de vida se derrumba la voz acusadora y florece la certeza de que nada ni nadie podrá separarnos del amor de Dios que es en Cristo Jesús.

Veremos también que muchos hermanos enfrentan el peor obstáculo: no tanto recibir el perdón de Dios, sino perdonarse a sí mismos. Muchos se condenan con una dureza que el Padre nunca consideraría. Se hablan a sí mismos, con palabras que jamás permitirían escuchar a otro hermano. Se descalifican despiadadamente y terminan creyendo que la disciplina de Dios es igual a su rechazo. Pero debemos aprender que Dios nunca nos rechaza. Sí nos corrige, porque ciertamente nos ama; sí nos restaura, porque nos considera valiosos; pero siempre nos levanta, porque sus planes siguen vigentes.

Es urgente que aprendamos a ver la vida cristiana no como un examen en el que debemos sacar una nota perfecta para ser aprobados, sino como una comunión de amor donde la gracia sostiene al débil y fortalece al cansado. La vida del Reino no se vive en la perfección del desempeño, sino en la perseverancia de la fe. El camino del discípulo no es una escalera hacia arriba donde nunca tropezamos, sino un andar constante donde, aun cayendo, seguimos avanzando porque la mano de Cristo nos sostiene.

Este libro no busca minimizar la gravedad del pecado, sino magnificar la grandeza de la gracia. No pretende justificar la caída, sino señalar que hay un Redentor que siempre está dispuesto a levantarnos. No se trata de vivir una fe complaciente con la debilidad, sino de experimentar la victoria genuina que brota de caminar en el Espíritu. En este recorrido aprenderemos que el verdadero fracaso no es caer, sino permanecer caídos. El verdadero error no es tropezar, sino negarnos a recibir el perdón que Dios nos ofrece.

Por eso, a lo largo de estas páginas exploraremos la lucha descrita por los personajes bíblicos, la libertad proclamada en diferentes pasajes y las historias de restauración que nos muestran la gracia y el poder del perdón, tanto divino como personal. El propósito es claro: que cada hermano y hermana que lea este libro descubra que la gracia de Dios es más grande que sus caídas, que la misericordia se renueva cada mañana y que el Reino de Dios se manifiesta con poder precisamente en medio de nuestra fragilidad.

Estoy persuadido de que, si alguien ha llegado a este libro con lágrimas en los ojos y con el corazón cargado de culpa, encontrará verdadera restauración y nuevas oportunidades. Quiero animar a todos mis hermanos a que no lean este libro como una enseñanza más, sino como un abrazo paternal y una invitación del Espíritu Santo a redescubrir la dulzura del evangelio. No importa cuántas veces hayan dicho: *“Señor, te fallé otra vez...”* Lo que importa es que, cada vez que lo digan, descubran que la gracia del Señor les responderá: *“Hijo, mi misericordia es nueva para ti hoy...”*

“Que el Dios de esperanza los llene de todo gozo y paz en el creer, para que abunden en la esperanza por el poder del Espíritu Santo.”

Romanos 15:13



Capítulo uno

EL DOLOR DE CREER QUE LE FALLAMOS

“Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago.”

Romanos 7:19

Lo primero que debemos comprender, y ciertamente reiteraré este concepto en más de una ocasión, es que el sentimiento de haberle fallado a Dios es exclusivamente nuestro. A Dios nada lo toma por sorpresa y además, Él nunca se ha hecho expectativas con ningún ser humano al grado de sentirse decepcionado. Su expectativa y su complacencia siempre ha sido Su Amado Hijo Jesucristo, quien no ha fallado jamás.

Sin embargo, debemos reconocer que hay un dolor que sobrepasa cualquier otro en el corazón de quienes amamos a Dios, y es el dolor de sentir que, por una u otra causa, le hemos fallado. Esto nos ocurre porque en nuestro amor y en nuestras oraciones, hacemos compromisos de fidelidad que en algún momento no podemos sostener, y eso nos produce

verdadero dolor. No se parece al dolor provocado por las pérdidas, ni al peso de las heridas infligidas por otros. Es una angustia difícil de sobrellevar, porque sentimos que tal situación nos condiciona nuestra comunión con Él.

Tampoco podemos decir que es la incomodidad de haber quebrantado una norma moral, porque se trata de una angustia mucho más profunda. Es la conciencia de sentir que hemos entristecido al Dios que tanto nos ha demostrado Su amor. Es sentir que no estamos a la altura de Su fidelidad. Es saber que Él dio Su vida por nosotros, y nosotros no pudimos resistir las demandas de nuestra concupiscencia.

El alma que ha experimentado la dulzura de la gracia, cuando se ve envuelta en el amargo sabor del pecado, experimenta una herida interior que no se puede ignorar. No enseñe esto como alguien que ha sufrido alguna caída obscena. Gracias a Dios no he tenido que saborear esa copa tan amarga, pero créanme que en muchas ocasiones, me he visto traicionado por pensamientos pecaminosos, por sentimientos oscuros y diferentes acciones incorrectas.

Creo que todos, sin excepción terminamos descubriendo egoísmo, orgullo, vanidad, codicia, envidia o alguna característica pecaminosa, sea en nuestros pensamientos, en nuestras palabras o en nuestros hechos. Esto es muy triste, muy frustrante y muy difícil de sobrellevar, pero es tan recurrente, que debemos asumir diariamente, la imperiosa necesidad de la gracia.

Cuando Pablo expresó no poder hacer lo que deseaba, sino lo que no quería, no estaba hablando como un incrédulo esclavizado sin esperanza, sino como un hombre regenerado. Tampoco escribía recordando los días de su inmadurez, como algunos teólogos proponen, sino que escribió como alguien maduro en la fe, pero consciente de la tensión que habitaba en su interior. Tensión que en muchas ocasiones lo inclinó hacia el mal.

Sin duda, Pablo quería agradar a Dios, anhelaba la obediencia, pero descubría con dolor que había momentos en los que sus acciones no reflejaban ese deseo. De hecho el confesó que sobrellevaba la tendencia a enaltecerse (**2 Corintios 12:7**). En esa confesión resuena el eco del corazón de todo creyente: el querer y no poder, el amar a Cristo y, al mismo tiempo, experimentar la debilidad de la carne.

En nosotros este dolor se manifiesta, en primer lugar, como un problema de conciencia, y por eso muchas veces sentimos culpa. En realidad, la culpa es una voz desviada que nos advierte que hemos traspasado los límites de la voluntad de Dios. Y digo desviada, porque esto nos puede parecer bueno, pero en realidad, lo bueno es lo que Dios nos ha entregado como un regalo divino: “la convicción del Espíritu Santo”.

Es el Espíritu el que nos “*convence de pecado, de justicia y de juicio...*” (**Juan 16:8**). La convicción es absolutamente indispensable, buena y valiosa; Sin embargo, la culpa no, porque la culpa es una exageración de lo bueno

y, aunque sea parecida a la convicción, la culpa produce ligaduras espirituales que pueden llegar a ser muy dañinas.

Sin la convicción del Espíritu Santo no habría conciencia; sin conciencia no habría salvación, ni regreso al Padre en caso de caídas. Pero lo que comienza como una brújula de gracia muchas veces se transforma en una cadena que oprime cuando la culpa irrumpe en los corazones. La convicción produce sano arrepentimiento, pero la culpa genera un sentido de descalificación y condenación.

De hecho, la convicción del Espíritu nos hace sentir amados, porque así como nos convence de lo que hicimos mal, también nos convence del perdón de Dios. Sin embargo, la culpa puede dar paso al auto-rechazo y a la sensación de no poder regresar a una buena condición espiritual, como si algo se hubiera roto en nuestra comunión con Dios y restaurarlo pudiera llevar mucho tiempo. La culpa, en vez de llevarnos al arrepentimiento sincero, nos encierra en una celda oscura donde creemos que ya no merecemos la comunión con Dios, ni Su perdón, ni Su ternura.

Ese auto-rechazo, en realidad, es una de las armas más astutas del enemigo. Satanás sabe que el Hijo de Dios ya fue condenado en nuestro lugar y que el precio de nuestra redención está pagado. Por eso busca una estrategia distinta: convencernos de que, aunque Dios pueda perdonar, nosotros no somos dignos de recibir ese perdón.

Nos inunda de pensamientos como: “Otra vez fallaste, Dios ya está cansado de ti”, “Tu vida espiritual es una mentira”, “No eres un verdadero creyente”. Y poco a poco la vergüenza sustituye al gozo, la condenación desplaza la paz, la desconfianza reemplaza la fe, y nuestra conciencia pretende enseñarnos que hemos perdido mucho, que debemos volver a lo último de la fila para recomenzar, lo cual resulta muy frustrante.

No es extraño entonces, que muchos cristianos caigan en una especie de parálisis espiritual. Se sienten indignos de orar, porque creen que sus palabras no llegarán al cielo. Se apartan de la comunión de la iglesia, porque piensan que no merecen estar entre los santos; y si lo intentan, se sienten hipócritas.

Algunos incluso abandonan el servicio a Dios, convenciéndose de que ya no son útiles para su obra. Pero todo esto no es más que el eco de la misma voz que resonó en el huerto del Edén, cuando Adán y Eva se escondieron de la presencia del Señor entre los árboles (**Génesis 3:8**). El pecado, en lugar de llevarlos a buscar socorro y perdón, los empujó a la huida.

Lo paradójico es que ese dolor, que podría transformarse en un camino hacia la restauración, termina volviéndose un muro que nos separa del Padre. Y aquí surge la pregunta que debemos enfrentar con honestidad: ¿qué hacemos con ese dolor de fallarle a Dios?

La Escritura no nos invita a negarlo ni a justificarlo, tampoco a refugiarnos en excusas o comparaciones. Nos enseña, más bien, a dejar que ese dolor sea un maestro que nos guíe al arrepentimiento, a la dependencia y a la gracia. Porque lo cierto es que el amor de Dios no cambia con nuestras caídas. El Padre no retira su amor cada vez que tropezamos; al contrario, nos espera como al hijo pródigo, dispuesto a correr hacia nosotros, abrazarnos y vestarnos de nuevo con la dignidad de hijos (**Lucas 15:20 al 24**).

El verdadero problema no es solo culparnos por creer que le hemos fallado a Dios, sino quedarnos atrapados en la mentira de que nuestra falla es definitiva. El evangelio nos recuerda que Cristo murió no por los perfectos, sino por los débiles; no por los justos, sino por los pecadores (**Romanos 5:6 al 8**). Cuando el dolor de fallarle se convierte en escuela, el creyente aprende a odiar el pecado, pero también a descansar en el amor inmutable del Señor. En cambio, cuando la culpa lo atrapa, en lugar de aprender, se reprueba despiadadamente.

Amados hermanos, quizás alguno de ustedes esté leyendo estas líneas con el corazón quebrantado porque ha fallado más de una vez. Tal vez piense que ya no hay oportunidad de restauración plena, que Dios ha cerrado la puerta de la misericordia. Pero no es así. Permítanme recordarles que el mismo Pedro, quien negó tres veces a Jesús en la hora más oscura de su vida, fue restaurado por la mirada de amor del Maestro, que incluso lo envió a pastorear sus ovejas (**Juan 21:15 al 17**). El dolor de haberle fallado se

transformó en combustible para un ministerio más humilde y más apasionado. Así también puede ser con todo aquel que falla, sin importar cuál haya sido el motivo por el que cayó.

El dolor de fallarle a Dios no debe hundirnos en el abismo de la desesperanza, sino conducirnos a los brazos de Aquel que jamás deja de amarnos. En vez de huir, debemos correr hacia Él. En lugar de callar, debemos confesar. Y si la culpa amenaza con paralizarnos, recordemos que en la cruz Cristo ya llevó nuestra condena. Entonces, y solo entonces, el dolor se convertirá en un camino de gracia.

Hay un detalle profundamente revelador en la vida cristiana: no todo dolor por el pecado es verdadero arrepentimiento. Podemos llorar amargamente, sentirnos abrumados por la culpa, lamentar las consecuencias de nuestros actos... y aun así permanecer lejos de la gracia. Esto sucede porque existe una diferencia esencial entre remordimiento y arrepentimiento, dos experiencias que a menudo confundimos, pero cuyos destinos son radicalmente distintos.

El remordimiento es la tristeza que se concentra en el yo. Es una herida que sangra hacia adentro. El alma dice: “¿Cómo pude hacerlo? No soy quien creía que era. He destruido mi reputación. No puedo mirarme al espejo”. Estas son expresiones de un dolor real, pero que en realidad, solo proceden de un orgullo herido.

El remordimiento no mira a Dios, mira a la propia imagen destrozada. Judas Iscariote encarna este camino trágico. Al darse cuenta de su traición, reconoció que había pecado entregando sangre inocente (**Mateo 27:3 y 4**). Sintió una angustia insoportable, pero su mirada nunca se elevó al cielo. Su tristeza lo empujó hacia la desesperación y el suicidio, no hacia la esperanza y el perdón. La diferencia es clara en estos ejemplos: Judas escogió la horca, pero Pedro escogió la cruz.

En contraste, el arrepentimiento es la tristeza que mira hacia Dios. Es el reconocimiento de que el pecado no es solo una mancha en nuestra conciencia, sino una ofensa contra la santidad divina. David, después de su caída con Betsabé, lo entendió con claridad. En su oración de arrepentimiento confesó: ***“Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos”*** (Salmo 51:4).

Nuestro pecado puede llegar a dañar a otros, pero es necesario comenzar nuestra restauración con Dios. Las palabras de David no niegan el daño causado a Betsabé, a Urías o al pueblo de Israel, pero expresan que la raíz fundamental del pecado es la rebelión contra Dios. Ese reconocimiento abre la puerta a la restauración, porque nos coloca en el lugar de la humildad, donde dependemos enteramente de la gracia. Luego sí, podemos restituir si tenemos la posibilidad.

“La tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, de que no hay que arrepentirse; pero la tristeza del mundo produce muerte.”

2 Corintios 7:10

El apóstol Pablo explica esta diferencia con precisión. Aquí se nos muestra que el mero dolor no basta. Hay una tristeza que lleva a la vida y otra que conduce a la muerte. La tristeza del mundo, que es el remordimiento, nos hunde en la desesperanza. La tristeza según Dios, que es el arrepentimiento genuino, nos levanta y nos impulsa a una vida transformada.

Este discernimiento es vital para todo creyente, porque muchos piensan que por llorar ya se han arrepentido. Pero no todo llanto es fruto de la obra del Espíritu Santo. Pedro lloró amargamente después de negar al Maestro (**Lucas 22:62**), y curiosamente Judas también sintió un gran remordimiento por lo que había hecho (**Mateo 27:3**). Sin embargo, la diferencia entre ellos fue que Judas devolvió las treinta piezas de plata a los principales sacerdotes y a los ancianos, pero nunca pidió perdón a Dios.

Pedro traicionó al Señor y lo negó en tres ocasiones; bien podría haber huido al mar para refugiarse en su barca, pero al final buscó amparo en la mirada compasiva del Señor. Cuando Judas se acercó a Jesús para traicionarlo, Él lo llamó **“amigo”** (**Mateo 26:50**). Jesús no era un mentiroso ni habló irónicamente por causa de Su enojo. Seguramente amaba a

Judas, y sin dudar lo hubiese perdonado, pero nunca lo vio acercarse en busca de misericordia.

Además, el perdón del Señor no se compone de simples palabras, sino que Él se ocupa de llevarnos a la restauración total. A Pedro le hizo una pregunta cargada de ternura y desafío: ***“Pedro, ¿me amas?” (Juan 21:15).*** Allí el arrepentimiento se manifestó no solo en lágrimas, sino en un corazón dispuesto a obedecer de nuevo. Y como Pedro lo había negado tres veces, tres veces el Señor le preguntó si lo amaba, como si cada declaración fuera capaz de sanar cada falla de Su discípulo.

En la vida cristiana, el arrepentimiento verdadero implica un cambio de dirección. No es solamente un sentimiento de tristeza, sino una decisión de volvernos al Señor con un espíritu quebrantado y obediente.

El profeta Isaías lo describe así: ***“Porque así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad, y cuyo nombre es el Santo: Yo habito en la altura y la santidad, y con el quebrantado y humilde de espíritu, para hacer vivir el espíritu de los humildes” (Isaías 57:15).*** Dios no se complace en lágrimas vacías, sino en corazones humildes que buscan su rostro.

Aquí radica un desafío para nosotros: examinar si nuestro dolor por el pecado es convicción del Espíritu Santo o culpa del alma. Si nuestro dolor es genuino arrepentimiento o simple remordimiento. El remordimiento nos encierra en

frases como: “nunca cambiaré” o “no sirvo para esto”. El arrepentimiento nos impulsa a clamar: “Señor, ten misericordia de mí, porque solo en ti encuentro salvación”. El remordimiento nos deja atrapados en la desesperanza; el arrepentimiento nos conduce a la cruz, donde encontramos perdón, restauración y vida nueva.

Es importante entender que el arrepentimiento no se agota en un momento puntual del inicio de la vida cristiana. No es un paso que dejamos atrás al recibir a Cristo, sino una actitud permanente del corazón. Lutero, en sus famosas 95 tesis, escribió en la primera: *“Toda la vida del creyente debe ser un arrepentimiento”*. Esto significa que el arrepentimiento es un estilo de vida: reconocer constantemente nuestra dependencia de la gracia, renunciar al orgullo que pretende autosuficiencia y volver una y otra vez a los pies de Jesús. Sin embargo, es clave que hagamos esto con fe en el perdón.

Como monje católico, Martín Lutero había aprendido a vivir bajo la culpa y la condenación, por eso buscaba castigarse a sí mismo. Era habitual en esa época la auto-flagelación; de hecho, se sabe que Lutero inventó nuevos métodos de disciplina dolorosa. Pero solo cuando comprendió que el arrepentimiento sincero, en la fe hacia la obra de Jesucristo, le otorgaba un perdón completo y eterno, pudo vivir en verdadera libertad.

Amados hermanos, todos fallamos en algo; todos tenemos malos pensamientos, malas reacciones y malas

acciones. Piensen en el dolor que sintieron en esas fallas. Pregúntense con sinceridad: ¿la tristeza que he sentido me acercó a Dios o me encerró en mí mismo? ¿Mis lágrimas son fruto del Espíritu Santo que me conduce a Cristo, o una expresión de mi orgullo herido que no tolera mi fragilidad? No todo quebranto espiritual es obra del cielo; algunos dolores son cadenas, pero otros son llaves que abren la puerta de la misericordia.

La buena noticia es que Dios no desprecia un corazón arrepentido: ***“Al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios” (Salmo 51:17).*** Ese es el consuelo de quienes sabemos que seguramente vamos a fallar en algo; pero, mientras haya arrepentimiento genuino, siempre habrá gracia abundante para restaurarnos. Esto no es licencia para pecar, es gracia para sostenernos en el Pacto.

Mientras haya un hijo que regrese al Padre por misericordia, siempre habrá un Padre que lo reciba con amor. No piensen que, al hablar de fallas, solo me refiero a pecados obscenos. Hay hermanos que no consideran que le fallan a Dios porque sus conductas parecen relativamente buenas, pero la verdad es que, en algún punto, nuestra penosa naturaleza pecaminosa, que aún nos acecha, debe ser sujeta en la gracia del Señor cada día.

Hay una confusión frecuente en la experiencia cristiana: muchas veces creemos que hemos fallado a Dios, cuando en realidad lo que sentimos es que nos hemos fallado a nosotros mismos. El corazón se duele, pero no siempre por

haber ofendido al Señor, sino por haber derrumbado la imagen que habíamos construido de nosotros mismos. La herida no proviene tanto de la santidad de Dios como de nuestro orgullo quebrantado.

Esto sucede, por ejemplo, cuando alguien se dice a sí mismo: “Yo pensé que ya estaba más maduro espiritualmente”. O cuando nos repetimos: “Jamás volveré a caer en lo mismo”, y sin embargo caemos. En esos momentos, lo que sentimos no es solo dolor por haber ofendido al Señor, sino decepción personal. La autoimagen que habíamos levantado se desploma y descubrimos que no somos tan fuertes, ni tan firmes, ni tan santos como creíamos. El golpe duele porque nos confronta con nuestra fragilidad.

Pero ese dolor tiene un matiz distinto: está más ligado a la frustración con nosotros mismos que al quebranto delante de Dios. En cierto sentido, se trata de una forma velada de auto-justicia u orgullo personal. Queríamos demostrar que éramos capaces de vivir sin tropezar, que podíamos sostenernos por nuestras fuerzas. Y cuando la realidad nos contradice, sentimos que hemos fallado a un estándar que nosotros mismos nos impusimos. Esta es una tristeza centrada en el “yo”, no en Cristo.

El apóstol Pablo conoció bien esta dinámica. En **2 Corintios 12:9** el Señor le dijo: ***“Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad”***. Pablo aprendió a gloriarse no en sus fuerzas, sino en sus flaquezas, porque era allí donde se manifestaba con mayor claridad la suficiencia

de Cristo. Esa enseñanza nos recuerda que el dolor de descubrir nuestra impotencia no debe hundirnos en la desesperación, sino llevarnos a depender más profundamente de la gracia.

Cuando confundimos fallarle a Dios con fallarnos a nosotros mismos, corremos el riesgo de vivir un cristianismo basado en el rendimiento. Medimos nuestra vida espiritual según nuestros logros, y cuando tropezamos sentimos que todo está perdido. Sin embargo, el evangelio no se fundamenta en lo que hacemos, sino en lo que Cristo hizo. La cruz nos libera de la tiranía de la autoimagen para colocarnos en la seguridad del amor inmutable de Dios.

Jesús mismo lo enseñó con claridad: ***“Separados de mí nada podéis hacer”*** (Juan 15:5). Cada vez que caemos, nuestra tentación es pensar que hemos defraudado a Dios porque deberíamos haber sido más fuertes. Pero la realidad es que nuestra fuerza jamás fue la base de la relación con Él. Desde el principio, todo se sostiene en Su gracia. El pecado, aunque doloroso, nos recuerda que nuestra vida espiritual no depende de nuestra consistencia, sino de la fidelidad del Señor.

Este descubrimiento puede transformar radicalmente la manera en que procesamos el dolor de fallar. Si nos quedamos atrapados en la idea de que nos fallamos a nosotros mismos, viviremos en frustración permanente. Pero si reconocemos que hemos fallado al Dios Santo y, a la vez, nos aferramos a Su gracia que nos perdona, entonces nuestro

dolor se convertirá en una oportunidad de crecimiento. Ya no será un abismo que nos trague, sino un altar donde postrarnos para recibir misericordia.

El salmista lo expresó con sencillez: ***“Si mirares a los pecados, oh Jehová, ¿quién, oh Señor, podrá mantenerse? Pero en ti hay perdón, para que seas reverenciado”*** (Salmo 130:3 y 4). Esta verdad nos libera: no se trata de nuestra perfección, sino de Su gracia. Dios nos perdona no porque hayamos demostrado ser mejores que antes, sino porque la sangre de Cristo ha sido derramada una vez y para siempre.

Por eso, amados hermanos, cuando nos aceche el sentimiento de que le hemos fallado a Dios, examinemos nuestro corazón y recordemos que no le fallamos a Dios como un evento aislado o trágico, sino que nacimos fallados. Por eso Él nos ha otorgado una vida nueva y nos sostiene con el poder de Su gracia permanente.

Preguntémonos si nuestro dolor nace del orgullo herido o del amor quebrantado. Analicemos si estamos más preocupados por nuestra imagen personal o por la gloria de Cristo. Si descubrimos que lo que más nos duele es no haber estado a la altura de nuestros propios estándares, debemos correr a la cruz y recordar que la vida cristiana no consiste en mantener nuestra imagen, sino en vivir bajo la gracia del Señor.

El verdadero arrepentimiento nos coloca en el lugar correcto: pequeños delante de un Dios grande. No es nuestra

fidelidad la que sostiene la relación, sino la Suya. Y cuanto más lo entendemos, más aprendemos a caminar en dependencia. El dolor ya no se convierte en auto-rechazo, sino en una invitación a confiar en Él. Entonces, lejos de apartarnos, nos acercamos con más hambre de Su presencia, con más gratitud por Su misericordia, con más humildad para reconocer que sin Él nada podemos hacer.

El dolor de fallarle a Dios, bien comprendido, no destruye al creyente: lo purifica. Y cuando separamos la diferencia entre fallarle a Dios y fallarnos a nosotros mismos, descubrimos que incluso en nuestras caídas, Él sigue siendo fiel. Allí, en medio del quebranto, escuchamos de nuevo Su voz diciendo:

“No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios que te esfuerzo; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia.”

Isaías 41:10



Capítulo dos

LAS BATALLAS EN EL CORAZÓN

*“Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio,
Y renueva un espíritu recto dentro de mí.
No me echés de delante de ti,
Y no quites de mí tu santo Espíritu.”*
Salmo 51:10 y 11

Los seres humanos, aun después de recibir la salvación, no quedamos exentos de la lucha interior. Pablo describe esto con un realismo que sorprende: ***“Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago” (Romanos 7:19)***. Como vimos en el capítulo anterior, estas palabras no son un lamento vacío, sino el reflejo de la tensión espiritual que habita en cada uno de nosotros. El conflicto entre lo que deseamos hacer y lo que nuestra carne termina haciendo es inevitable. Esta experiencia nos confronta con una verdad incómoda: la vida cristiana no es la ausencia de lucha, sino la dependencia diaria de la gracia.

El conflicto entre la carne y el Espíritu no es un accidente ni una señal de fracaso. Es la evidencia de que existe un terreno espiritual en disputa dentro de nuestro corazón. La carne, que todavía conserva la inclinación al pecado, se rebela contra el propósito de Dios, mientras que el Espíritu nos impulsa hacia la obediencia y la santidad.

Cada día nos enfrentamos a decisiones que revelan dónde está nuestro corazón: en la sumisión al Espíritu o en la complacencia de los deseos carnales. Esta tensión no es señal de derrota, sino de que la vida interior está activa, en movimiento, y necesita la guía y el poder divino.

Pablo, con su ejemplo, nos ayuda a no caer en la desesperación. El apóstol no oculta su debilidad ni pretende una perfección que no alcanzó en esta vida. Al contrario, confiesa con valentía que dentro de él habita la contradicción: su deseo era hacer el bien, pero su experiencia muestra que a veces actuaba en contra de su ser interior. Este relato nos consuela y nos advierte al mismo tiempo, que no estamos solos en esta batalla. No somos extraños a la lucha espiritual.

Es aquí donde la humildad cobra un papel fundamental, porque no se trata de inmaduros espirituales que tropiezan, ni de maduros que ya no luchan con la tentación. Todos batallamos contra el pecado. Reconocer nuestra debilidad no nos degrada ante Dios, sino que nos coloca en la posición correcta para recibir Su poder. La batalla interior nos enseña que el éxito espiritual no se mide

por la ausencia de tropiezos, sino por nuestra dependencia constante del Espíritu.

Santos no son los que jamás fallan, sino los que, más allá de sus fallas, se levantan con la certeza de que la gracia los sostiene. La santidad no es algo que podamos generar con nuestras capacidades. En este Pacto eterno que vivimos, la santidad es otorgada en Cristo, y solo podemos sostenerla por medio de la fe.

El contexto de **Romanos 7** nos muestra también la función de la ley en esta lucha. La ley de Dios no es enemiga de nuestra felicidad; al contrario, revela la santidad divina y nuestra insuficiencia, para que nuestra esperanza esté fundamentada solo en Cristo y no en nuestros esfuerzos personales.

Pablo declara: *“Yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no habita el bien”* (**Romanos 7:18**). La ley muestra el camino correcto, pero no tiene poder para transformar nuestro corazón. Esa transformación solo se realiza a través del Espíritu Santo, quien nos da la capacidad de querer y obedecer de manera genuina (**Filipenses 2:13**).

El conflicto interno tiene consecuencias prácticas en la vida diaria. Cada decisión moral, cada pensamiento, cada acción puede convertirse en un campo de batalla. A veces llegamos a sorprendernos al descubrir que los pecados que pensábamos haber superado resurgen de manera inesperada.

Esa es la lucha constante de la carne que aún habita en nosotros.

Pero esto no debe conducirnos a la frustración absoluta, sino al reconocimiento de que necesitamos ayuda permanente. La dependencia del Espíritu Santo no es opcional; es vital para vivir conforme a la voluntad de Dios. Debemos estar claros en esto: No necesitamos la gracia solo cuando fallamos: “la necesitamos en todo momento”.

El ejemplo de Pablo nos ofrece un modelo: honestidad radical y confianza plena. Debemos reconocer la lucha sin avergonzarnos de ella, y luchar sin resignarnos a la derrota. La tensión entre el querer y no poder, entre la buena intención y la acción fallida, nos obliga a mirar más allá de nosotros mismos y a depositar nuestra confianza en Aquel que puede vencer nuestra debilidad. Cada tropiezo se convierte en una oportunidad para experimentar la gracia de Dios, que se perfecciona precisamente en nuestra debilidad (**2 Corintios 12:9**).

Finalmente, esta batalla interior nos enseña que no estamos llamados a la auto-justificación, sino a la dependencia y la humildad. La vida espiritual no se basa en la auto-perfección, sino en la continua apertura al Espíritu Santo. Así, **Romanos 7** nos muestra que el deseo de hacer el bien es el comienzo de la victoria, y que el reconocimiento de nuestra incapacidad es el camino hacia el poder de Dios. La lucha interior no es nuestra condena; es la arena donde

Dios demuestra que Su fuerza es suficiente para cada corazón humanamente débil.

El conflicto entre la carne y el Espíritu es uno de los temas más profundos y desafiantes de la vida cristiana. No se trata solo de hábitos que debemos controlar ni de tentaciones externas que debemos evitar, sino de una tensión interna que define nuestro caminar espiritual. Pablo lo describe con sinceridad desgarradora: el querer hacer el bien y no lograrlo nos acecha. Esta experiencia es universal entre los creyentes y revela la profundidad de la obra que Dios realiza en nuestro corazón.

La carne, que todavía alberga la inclinación al pecado, se rebela contra el propósito divino. Es la parte de nosotros que actúa según el impulso, el deseo inmediato y la satisfacción egoísta, incluso cuando sabemos lo que es correcto.

Por otra parte, el Espíritu nos impulsa hacia la obediencia y la santidad, nos recuerda la ley de Dios y nos concede la convicción del bien. Esta lucha no es externa; es un combate silencioso dentro de cada pensamiento, cada decisión, cada sentimiento. La batalla se libra en el corazón y en la mente, en la esfera más íntima de nuestra existencia.

Pablo, al relatar esta experiencia, no solo reconoce su debilidad, sino que nos ofrece un ejemplo de cómo vivirla. Él no oculta la contradicción interna ni pretende una perfección inexistente en esta vida terrenal. Su relato es un espejo en el

que todos los hijos de Dios podemos mirarnos y reconocer que la lucha es parte del proceso de santificación.

Al declarar: ***“Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero”***, Pablo muestra que incluso los más maduros espiritualmente enfrentan la tensión de la carne contra el Espíritu. Esta honestidad nos libera de la ilusión de perfección y nos invita a depender de la gracia.

David fue un hombre cuyo corazón fue distinguido por el Señor, no solo al momento de escogerlo como el futuro rey, sino también al dejar registrado que tenía un corazón conforme al de Dios (**Hechos 13:22**). Este concepto resulta elevado, al menos para un hombre que causó más muertes de las ordenadas por el Señor, adulteró con Betsabé, traicionó a su esposo Urías, no solo al acostarse con su mujer, sino que siendo este un soldado fiel, lo mandó al frente de batalla para que lo mataran.

David, más allá del pacto deficiente y adverso que atravesó, nos deja ver la condición humana. Nosotros podemos vivir en Cristo, recibir Su santidad y sostener una comunión con el Espíritu Santo de manera profunda y especial. Lo que tenemos en Cristo es mucho más de lo que David recibió de parte de Dios; sin embargo, la condición humana es la misma que él sufrió. Por eso debemos desconfiar de nosotros mismos y vivir bajo el poder de Dios.

El conflicto interno también nos enseña la importancia de la conciencia guiada por el Espíritu. La ley de Dios nos

muestra lo que está bien, pero no nos da el poder de cumplirlo por nosotros mismos. Es el Espíritu Santo quien produce la transformación verdadera.

Cuando reconocemos nuestra incapacidad, dejamos espacio para que Dios actúe, y es allí donde Su fuerza se manifiesta con mayor claridad. La batalla interior, entonces, no es señal de derrota: es lógica y esperable. Lo que debemos destacar y valorar es la presencia activa del Espíritu Santo en nuestra vida.

En la práctica, este conflicto se refleja en las pequeñas decisiones cotidianas: la reacción ante una injusticia, la paciencia frente a la ofensa, la integridad cuando nadie nos observa. Son estas situaciones, aparentemente sencillas, las que revelan dónde está nuestro corazón. La carne busca satisfacción inmediata; el Espíritu, obediencia y santidad. Cada tropiezo nos recuerda nuestra debilidad y nos deja vienen claro que si fuera por nosotros mismos, no tendríamos ninguna chance de cumplir con las demandas del Reino.

La honestidad de Pablo también nos enseña a no culparnos de manera destructiva. La conciencia de la lucha no es motivo de condena, sino de humildad. Reconocer que aún habitamos un cuerpo de carne y sangre, nos conduce a una vida de oración más profunda, de vigilancia y de entrega diaria. Cada conflicto interno es una oportunidad para crecer en discernimiento y en fe, aprendiendo a obedecer no por fuerza propia, sino por sumisión al Espíritu Santo que mora en nosotros.

Además, esta batalla nos recuerda que la perfección espiritual es un horizonte, no un punto alcanzable en esta vida, excepto en la persona de Cristo. La vida de Reino se define por la tensión saludable entre lo que somos en Cristo y lo que Dios nos llama a ser. Esto nos consuela y nos exhorta: no estamos solos en esta lucha, y no debemos avergonzarnos de nuestra debilidad. El Espíritu Santo nos capacita para avanzar, no para sostenernos en un ideal imposible.

La experiencia de Pablo nos invita a una fe activa y vigilante. La lucha entre carne y Espíritu no es motivo para rendirse, sino para confiar más plenamente en el poder de Dios. Cada decisión, cada acto de obediencia, aunque pequeño, fortalece la presencia del Espíritu y debilita la influencia de la carne. La batalla no se gana de una vez, sino día a día, momento a momento, con humildad, fe y dependencia absoluta del Señor.

El conflicto interno, entonces, lejos de ser un signo de fracaso, es un escenario donde Dios manifiesta Su poder en nuestra debilidad. Cada lucha se convierte en oportunidad para experimentar la gracia, para crecer en madurez espiritual y para depender más de Cristo. Aprender a vivir esta tensión con fe y humildad es uno de los caminos más profundos hacia la libertad espiritual.

Cada uno de nosotros puede identificar sus propias tensiones internas, pero al mirar a Pablo comprendemos que, incluso en medio de la contradicción y la debilidad, es

posible perseverar en la fe. El apóstol nos enseña que la conciencia del conflicto no debe paralizarnos ni desanimarnos.

Reconocer la presencia de la carne y su oposición al Espíritu es un acto de sinceridad y valentía espiritual. No se trata de justificar nuestras caídas ni de excusar la desobediencia, sino de aceptar nuestra condición humana y permitir que el Espíritu nos guíe hacia la santidad.

La lucha interna no puede resolverse por esfuerzo propio, ni por fuerza de voluntad, ni por mera disciplina moral. La clave está en la dependencia constante de Dios. Cada tropiezo se convierte en una oportunidad para aprender a confiar en Él, a orar con sinceridad y a buscar Su dirección para nuestras decisiones. La vida cristiana es un camino de humildad en el que reconocemos que, sin la ayuda del Espíritu Santo, nuestras capacidades son insuficientes.

Pablo también nos recuerda que esta batalla interior tiene un propósito. No es un accidente ni un castigo, sino un medio para formar carácter y madurez espiritual. **Romanos 7** nos muestra que, en la tensión entre lo que queremos hacer y lo que hacemos, se desarrolla la necesidad de la gracia. La debilidad humana nos conduce a la fuerza divina. La conciencia de nuestra insuficiencia nos enseña a valorar la suficiencia de Cristo y a depender de Su poder en cada área de nuestra vida.

En la práctica, esto significa que cada creyente debe aprender a vivir en la tensión sin desesperar. Cada conflicto interno es una oportunidad para reconocer la soberanía de Dios sobre nuestra vida, para ejercitar la fe y la obediencia diaria. Reitero esto porque es muy importante: las caídas y tropiezos no son evidencia de fracaso, sino recordatorios de que necesitamos permanecer sujetos a Cristo y abrir nuestro corazón a Su transformación. El camino hacia la madurez espiritual se recorre a través de la aceptación de nuestra debilidad y la confianza en Su poder.

El ejemplo de Pablo nos exhorta a perseverar, incluso cuando el desánimo amenaza con apoderarse de nuestro corazón. La lucha entre carne y Espíritu nos recuerda que el cristianismo no es una vida libre de tensiones, sino un proceso de crecimiento en dependencia de Dios.

Finalmente, esta enseñanza nos conduce a un entendimiento más amplio de la libertad cristiana. La verdadera libertad no consiste en la ausencia de conflictos internos, sino en la capacidad de depender de Dios en medio de ellos. Pablo lo expresó con claridad:

“Gracias doy a Dios por Jesucristo Señor nuestro”

Romanos 7:25

El apóstol reconoció que la única manera de librarse de ese miserable cuerpo de muerte pertenece a Cristo. La conciencia de nuestra debilidad nos conduce a la fortaleza que solo Él puede otorgar, y nos permite caminar en

humildad, perseverancia y confianza. El evangelio del Reino no está basado en el cambio de nuestra vieja naturaleza, sino en el desarrollo y la madurez de la nueva naturaleza recibida en Cristo.

Iglesia preciosa, que el ejemplo de Pablo sea nuestra guía. No debemos temer la lucha interna ni la tensión entre nuestra carne y nuestro espíritu, como si fueran algo ajeno a la vida de fe. En cada conflicto hay una oportunidad de crecimiento; en cada debilidad, un espacio para la manifestación del poder de Dios.

La batalla en nuestro corazón no define nuestro fracaso, sino la posibilidad de experimentar la gracia que transforma y renueva. Que nuestra vida se convierta en un testimonio vivo de que, incluso en la lucha más profunda, Cristo es suficiente; que Su poder se perfecciona en nuestra debilidad y que Su gracia es ilimitada.

Considerando esto, no quiero cerrar este capítulo sin dejar una clara exhortación a todos mis hermanos. Como ministro del evangelio, como maestro de la Palabra, les ruego, que comprendiendo las debilidades que todos padecemos, desistan de toda crítica hacia los hermanos. Ya tenemos suficiente con nuestra propia vida. Ocupémonos de caminar en la perfecta voluntad de Dios, y de lo demás se encargará Él mismo.

Por último, como lo he expresado en muchos de mis materiales, no utilicemos las redes sociales para señalar lo

que está mal en la Iglesia del Señor. Señalemos internamente todo lo que debe ser corregido, pero no expongamos ante los impíos aquellas cosas que están mal en la Iglesia. Dios nos advirtió de algunas cosas que sucederían; no debería sorprendernos. ***“No seáis insensatos, sino entendidos de cuál sea la voluntad del Señor...”*** (Efesios 5:17).

Miremos la Iglesia tal como la ve el Padre: a través de Cristo, pura, santa, sin mancha ni arruga alguna. Así mismo, veámonos como nos ve el Padre: en Cristo, santos y capaces de caminar en el propósito. Esta es la verdad eterna que nos gobierna, más allá de las realidades presentes que nos afectan.

“Más a Dios gracias, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo.”

1 Corintios 15:57



Capítulo tres

ALGUNAS HISTORIAS DE QUIENES FALLARON

“Todo esto les sucedió a nuestros antepasados como un ejemplo para nosotros, y fue puesto en las Escrituras como una advertencia para los que vivimos en estos tiempos últimos.”

1 Corintios 10:11 DHH

La Biblia está llena de relatos de hombres que cayeron, que tropezaron y que, sin embargo, persistieron en la fe. Estos fueron restaurados por la gracia de Dios, aun en aquellos pactos donde la gracia no era el fundamento. Estos personajes nos muestran que el fracaso no es el fin del camino, sino un punto de partida para experimentar la misericordia divina y aprender lecciones profundas sobre la humildad, la dependencia y la fe.

En contraste, también tenemos muchos ejemplos bíblicos de hombres y mujeres que pecaron, pero que no se arrepintieron, sino que persistieron en su mal. Estos no solo

no fueron restaurados por Dios, sino que padecieron las duras consecuencias generadas por la rebelión.

Al observar estas historias, vemos que, a partir del pecado de Adán y Eva, todo se volvió difícil para los seres humanos. Caín asesinó a su hermano y no mostró arrepentimiento, al igual que aquellas generaciones que antecieron a Noé. Luego lo vemos trabajar al patriarca en esa arca salvadora, pero al llegar a tierra firme se emborrachó y maldijo a su hijo.

Abraham no solo se acostó con su esclava Agar, sino que también mintió en Egipto respecto de su esposa Sarai. Isaac hizo lo mismo con su esposa Rebeca. Por su parte, Jacob fue un embustero y un tramposo que manipuló a su hermano para quitarle la primogenitura. Después le mintió a su padre para arrebatarse la bendición, y aun tras todo un proceso, terminó luchando con Dios en Peniel.

Nadab y Abihú, hijos del sacerdote Aarón, murieron al entrar al tabernáculo con fuego extraño, cuando había sido prohibido por el Señor. Coré, Datán y Abiram se rebelaron contra el liderazgo de Moisés y, en lugar de arrepentirse, sostuvieron su posición, lo cual les costó no solo sus vidas, sino también la de sus familias.

Otro personaje ejemplificador es Acán, quien pecó tomando un lingote de oro y un manto babilónico en la conquista de Jericó, aun cuando Dios había prohibido tomar

cualquier objeto de ese lugar. Al final, terminó siendo apedreado junto a toda su familia.

Sansón jugó con la unción hasta que la terminó perdiendo. Su vanidad y su orgullo no solo lo dejaron pelado, sino que lo llevaron a caer cautivo en manos de los filisteos, quienes se burlaron de él y le arrancaron los ojos. Sin embargo, Sansón sí se arrepintió y clamó por misericordia. Por eso la figura de la gracia, representada en el cabello que volvió a crecer, le renovó las fuerzas para consumir su propósito.

Los hijos del sacerdote Elí, Ofni y Finees, pecaron obscenamente con actos de inmoralidad en el ejercicio de su sacerdocio. Incluyeron el robo de la carne de las ofrendas del pueblo y el abuso sexual de las mujeres que servían en el Tabernáculo. El comportamiento de estos hombres fue deshonesto, y su desprecio por Dios y sus leyes trajo un juicio divino sobre toda la familia y la nación.

El pecado de los hijos de Samuel, Joel y Abías, fue aceptar sobornos y pervertir la justicia al administrar la ley. A pesar de haber sido nombrados jueces de Israel por su padre, se apartaron de la integridad de Samuel, buscando ganancias deshonestas y actuando de manera corrupta. Esto llevó a que el pueblo pidiera un rey, como tenían las demás naciones.

El pecado del rey Saúl fue la desobediencia a Dios, especialmente al no cumplir la orden de destruir

completamente a los amalecitas, lo que llevó a que Dios lo rechazara como rey de Israel. Esta desobediencia se manifestó en dos momentos claves: cuando ofreció sacrificios sin esperar al profeta Samuel y cuando perdonó lo mejor del ganado amalecita, además de dejar con vida al rey Agag, violando así el mandato divino de aniquilación total.

Saúl no se arrepintió de corazón; en lugar de buscar misericordia, le pidió a Samuel que al menos no se enteraran los ancianos del pueblo. Esto lo fue privando de la presencia de Dios, hasta ser atormentado por demonios. Lleno de celos contra David, ordenó la muerte de ochenta y cinco sacerdotes en la ciudad de Nob y, como si fuera poco, terminó consultando a una médium.

El pecado de David ya lo he mencionado y, por supuesto, sostendré su ejemplo tan especial. David pecó no solo con Betsabé, sino también cuando realizó un censo en Israel. Por esa causa murieron setenta mil israelitas como resultado de una plaga enviada por Dios en castigo. El censo fue considerado pecaminoso porque reflejaba una confianza excesiva en la fuerza militar en lugar de en Dios, quien había sido la fuente del éxito de David.

En el caso del rey Salomón, hijo de David, vemos que recibió la gracia de ser el hombre más sabio de la tierra, pero decidió retener su necedad (**Eclesiastés 2:3**). Hizo muchas cosas que el Señor había advertido en **Deuteronomio 17:14 al 20** que los reyes no debían hacer: acumuló demasiados bienes materiales, acumuló caballos, oprimió al pueblo con

impuestos (incluso esclavizando a judíos), e hizo alianzas con extranjeros, incluidos los egipcios.

Ciertamente construyó un hermoso templo para el Señor, pero también edificó un palacio personal veinte veces más grande que el templo de Dios. Tuvo setecientas esposas y trescientas concubinas, cayó en idolatría para agradar a sus mujeres y se sabe que adoró a Moloc, lo cual implica que pudo haber ofrecido sacrificios de niños. La Biblia no menciona un arrepentimiento de Salomón como el de David, y tal vez por eso su hijo sufrió la división del imperio.

En realidad, Roboam también cometió pecado al actuar con gran soberbia. Consultó a los ancianos sabios sobre cómo gobernar, pero en lugar de escuchar su consejo, optó por seguir la necesidad de sus amigos, quienes le propusieron oprimir al pueblo aún más de lo que lo había hecho su padre. Como consecuencia, su reino se dividió y solo terminó gobernando sobre las dos tribus del sur, únicamente por causa de las promesas que Dios le había hecho a su abuelo David.

Por su parte, quien reinó sobre las diez tribus del norte fue Jeroboam, quien colocó un ídolo con forma de becerro en Betel y otro en Dan, es decir, en los dos extremos de su reino. Esto se convirtió en un gran pecado, porque la gente rendía culto a esos ídolos y viajaba hasta Dan, en el norte, para adorar al becerro allí colocado. De esta manera contaminó con maldición a todo el pueblo de Dios.

A partir de entonces, los reinos divididos nos muestran reyes buenos, como Asá, Josafat, Joás, Amasías, Uzías, Jotam, Ezequías y Josías; pero también reyes malos, como Abías, Joram, Ocozías, Atalía, Acaz, Manasés, Amón, Joacaz, Joacim, Joaquín y Sedequías. Es decir, las fallas humanas son una constante en las Escrituras. Incluso en los reyes mencionados como buenos, encontramos también grandes pecados.

Los profetas pecaron al desenfocarse de la voluntad divina, los sacerdotes pecaron, y el pueblo de Israel pecó una y otra vez al no escuchar la voz de Dios, al no sujetarse a Sus mandatos y al no reconocer Su señorío. El pecado ha sido una constante en la humanidad desde el Edén, y lo seguirá siendo hasta que venga lo perfecto.

Nosotros, los hijos de Dios, vivimos en este estado de gracia en la persona de Cristo, y eso nos libra de las consecuencias de nuestra vieja naturaleza; sin embargo, la lucha permanece. Lo que debemos aprender es cómo actuar cada vez que fallemos, porque ciertamente lo haremos.

Lo que vemos en los ejemplos citados es que todos aquellos que pecaron y no se arrepintieron de su maldad, que no buscaron la misericordia de Dios, pagaron duras consecuencias y generaron grandes adversidades para quienes los rodeaban. Sin embargo, quienes se volvieron a Dios, como lo hizo David, sufrieron consecuencias, pero hallaron misericordia, restauración y gracia de parte del Señor.

Cuando David pecó con Betsabé, se acercó al Señor con un corazón quebrantado y sincero. En el **Salmo 51:1 y 2** expresó: ***“Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia; conforme a la multitud de tus piedades borra mis rebeliones. Lávame más y más de mi maldad, y límpiame de mi pecado...”*** David no minimizó su pecado ni buscó justificarse echando culpas a otros. Reconoció plenamente su culpa y clamó por restauración. Allí se encuentra la clave: la caída no determina la consecuencia final, sino la disposición a volver a Dios con un corazón humillado.

Moisés, el hombre que habló cara a cara con Dios, también conoció la caída. Antes de guiar al pueblo hacia la Tierra Prometida, se dejó llevar por la ira y golpeó la roca para sacar agua, desobedeciendo el mandato divino (**Números 20:11 y 12**). Su pecado le costó no entrar en Canaán, y el peso de esa pérdida lo acompañó hasta el final de su vida. Sin embargo, Moisés permaneció fiel, obedeciendo y confiando en Dios hasta su muerte.

Su historia nos recuerda que incluso los errores serios no eliminan la posibilidad de ser usados por Dios de manera significativa; la obediencia persistente y la humildad frente al Señor siguen siendo esenciales. Convengamos que si Moisés pudo mantenerse fiel en tiempos de la ley, ¡cuánto más nosotros en este glorioso tiempo de gracia!

Estas historias nos enseñan varias verdades profundas: primero, que la caída es una experiencia humana inevitable;

segundo, que la culpa y el remordimiento son oportunidades para el arrepentimiento genuino; y tercero, que Dios es un restaurador constante que no nos descarta por nuestros fracasos, sino que los utiliza para moldear nuestro carácter y ministerio. La clave no es nunca caer, sino aprender a levantarse con los ojos fijos en Él.

El lector que se identifica con estas historias debe entender que la gracia de Dios no tiene límites. Cada hombre que cayó en la Biblia y no se quedó en su fracaso, sino que buscó el perdón con arrepentimiento genuino, fue restaurado más allá del pacto vigente en ese momento.

Reitero: es claro que todos sufrieron consecuencias, porque el pecado siempre deja secuelas, y más en esas épocas, pero nosotros vivimos en la persona de Cristo, y en Él nos movemos y somos **(Hechos 17:28)**. Con lo cual podemos estar seguros del perdón. Sin embargo, también podemos sufrir consecuencias, no como un castigo divino, sino como resultado lógico de las malas acciones.

La misericordia de Dios es siempre más grande que nuestra debilidad. Los personajes bíblicos que se arrepintieron no fueron destruidos por sus errores; fueron transformados por su reconocimiento, su fe y la misericordia divina. Sus vidas nos enseñan que ningún pecado, por más grave que parezca, puede separarnos del amor de Dios si acudimos a Él con un corazón arrepentido.

Elías es un ejemplo distinto, pero igualmente profundo, de cómo la caída puede manifestarse en la vida del creyente. Este profeta, que experimentó milagros poderosos y la protección directa de Dios, también enfrentó momentos de desesperanza extrema.

Tras su confrontación con los profetas de Baal en el Monte Carmelo, donde el poder del Señor se manifestó de manera impresionante, Elías huyó al desierto, lleno de miedo y abatimiento, clamando: ***“¡Basta ya, oh Señor! Quítame la vida, porque no soy mejor que mis padres” (1 Reyes 19:4).*** Su caída no fue en el pecado activo, sino en el desánimo, la duda y la sensación de incapacidad para cumplir la misión que Dios le había confiado.

Esta experiencia revela un aspecto crucial de la vida espiritual: no todas las caídas se expresan en actos visibles de desobediencia; algunas se manifiestan en la desesperanza, en la sensación de que no somos capaces de seguir adelante. Nuestro corazón puede ser un campo de batalla silencioso, donde la desilusión y el cansancio amenazan con apagar nuestra fe.

Sin embargo, incluso en esos estados de angustia, Dios no abandona a sus siervos. A Elías, el Señor le proporcionó alimento, descanso y, sobre todo, recordatorios de Su presencia y propósito. Por eso le dijo por medio de un ángel: ***“Levántate y come, porque el camino es demasiado largo para ti” (1 Reyes 19:7).***

Aquí encontramos una enseñanza vital: Dios utiliza el cuidado y la restauración práctica para fortalecer al creyente cuando la debilidad amenaza con derribarlo. La caída de Elías no determinó su destino final; su desesperanza se convirtió en un punto de encuentro con la gracia divina. Cada creyente que se siente abatido puede aprender que la restauración de Dios no siempre comienza con un sermón o una lección, sino con Su provisión y presencia tangible en medio de la fragilidad humana.

Además, la historia de Elías nos muestra que la restauración es un proceso. No ocurre instantáneamente ni elimina el desafío de la batalla espiritual; más bien, transforma la debilidad en dependencia y la desesperanza en obediencia. Así, el profeta volvió a su misión con renovada fuerza, no porque su desánimo hubiera desaparecido completamente, sino porque aprendió a caminar de la mano de Dios, confiando en Su poder y dirección. La caída, lejos de ser definitiva, se convirtió en un instrumento de madurez y crecimiento espiritual.

Al mirar estas historias humanas, se nos revela un patrón: todos los hombres que cayeron fueron restaurados por Dios cuando hubo humildad y arrepentimiento. Ninguno fue descartado por sus errores; cada uno experimentó la gracia, el perdón y la renovación. Esto nos recuerda que el amor de Dios es constante y que Su propósito no se frustra por nuestras debilidades. La restauración no es automática; requiere arrepentimiento, humildad y disposición de volver a

Él. Pero está siempre disponible para quienes se acercan con corazón sincero.

Ahora bien, muchos de los ejemplos mencionados al principio terminaron padeciendo las consecuencias del pecado: juicios, pérdidas, enfermedades y muertes. Por eso debemos diferenciar la actitud ante las fallas. Los que padecieron y terminaron mal fueron aquellos que no se arrepintieron con genuina humildad y reconocimiento. No importa si fue por soberbia, por ignorancia o por maldad: cuando no hubo arrepentimiento, no hubo ningún tipo de restauración.

Estas lecciones no son solo historias antiguas; son guías para nuestras vidas hoy. Cada uno de nosotros enfrenta momentos de fracaso, debilidad o desánimo. La clave está en no permanecer atrapados en la culpa ni en la desesperanza, sino en aprender de la experiencia, volvernos a Dios y permitir que Su gracia transforme nuestra vida. La caída no define quiénes somos; la respuesta al pecado y a la debilidad revela el carácter de nuestro corazón y nuestra fe.

En la práctica, esto significa que cuando tropezamos, debemos buscar la restauración consciente: confesar el pecado, arrepentirnos genuinamente y aceptar la gracia que Dios ofrece. Debemos permitir que Su misericordia nos fortalezca, recordando que cada caída puede ser un trampolín hacia una vida más plena, más humilde y más dependiente de Él. La historia de los hombres que cayeron nos enseña que el

fracaso, bien manejado, puede acercarnos más al corazón de Dios que la perfección misma.

Todas estas historias convergen en una verdad poderosa: la caída no determina nuestro destino en Dios, sino nuestra respuesta a la gracia y a la misericordia que Él ofrece. David, Pedro, Moisés o Elías nos muestran que el pecado, el tropiezo o la desesperanza no son barreras insuperables cuando el corazón se vuelve a Dios. La restauración es siempre posible, porque el amor de Dios no falla y Su propósito en nosotros es más grande que nuestros errores.

La restauración no es solo una bendición emocional o espiritual, sino una oportunidad para ser instrumentos más fuertes y fieles en las manos de Dios. La gracia no nos devuelve al estado previo al error, sino que nos eleva a una vida más profunda, más humilde y más dependiente de Él. El fracaso, bien procesado, se convierte en un maestro silencioso que nos lleva a valorar la misericordia y a caminar con humildad.

Cuando fallamos, tenemos la invitación de volvernos a Dios con sinceridad, aprender de la experiencia y permitir que Él reconstruya nuestro corazón y nuestra vida. La restauración de Dios siempre está disponible, pero requiere un corazón dispuesto a recibirla y una voluntad firme de regresar al camino de obediencia.

En la práctica, esto significa que debemos enfrentar la culpa con honestidad, sin esconder los errores ni minimizar

su gravedad, pero también sin permitir que la vergüenza nos paralice. Debemos acudir a Dios, confesar y arrepentirnos genuinamente, y permitir que la gracia transforme nuestra debilidad en fortaleza. Cada caída, entonces, puede convertirse en un peldaño hacia una vida más cercana a Dios, donde la dependencia del Espíritu Santo es más evidente y nuestra confianza en la fidelidad divina se puede profundizar en medio de nuestra debilidad.

La restauración también tiene un aspecto comunitario. La Iglesia, como cuerpo de Cristo, está llamada a acompañar, exhortar y apoyar a los que han caído. Así como David encontró perdón y guía, y Pedro recibió restauración y responsabilidad, cada creyente puede hallar en la comunidad de fe, un entorno de gracia y apoyo para levantarse. La caída deja de ser aislamiento y se convierte en una experiencia que fortalece la unidad y la humildad dentro del cuerpo de Cristo.

Finalmente, el mensaje es claro: todos podemos caer, todos podemos fallar, pero la gracia de Dios es más grande que nuestros pecados. La clave está en reconocer nuestra debilidad, arrepentirnos genuinamente y abrirnos a la restauración divina. No importa cuán profundo haya sido el error, no importa cuán grande la caída, Dios siempre ofrece un camino de retorno, una oportunidad para ser levantados y usados nuevamente en Su propósito eterno.

Que estas historias bíblicas no solo nos inspiren, sino que también nos desafíen a vivir con humildad, arrepentimiento constante y dependencia de Dios. Que, al

igual que estos hombres de fe, podamos experimentar la restauración completa y que nuestra vida se convierta en testimonio de que, incluso en la caída, la gracia de Dios es suficiente y Su poder se perfecciona en nuestra debilidad. La caída no es el final; es el comienzo de una nueva oportunidad para caminar con Él, más conscientes, más humildes y más entregados al Señor.

“...El Dios de toda gracia, quien los ha llamado a su eterna gloria en Cristo Jesús, él mismo los restaurará, los afirmará, los fortalecerá y los establecerá.”

1 Pedro 5:10



Capítulo cuatro

NINGUNA CONDENACIÓN

“Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu.”

Romanos 8:1

Retomando la enseñanza de Pablo en su carta a los romanos, vemos que el inicio del capítulo ocho es como un río de gracia que inunda al creyente que ha conocido su fragilidad y ha tropezado más veces de las que quisiera admitir. El apóstol comienza con una declaración que es como un amanecer para el alma culpable.

No se trata de una promesa futura ni de una esperanza condicionada al esfuerzo humano, sino de una realidad presente y absoluta para aquellos que han sido unidos a Cristo. Esta verdad es el fundamento sobre el cual se edifica toda la vida cristiana: el creyente, aun en medio de sus luchas y caídas, está bajo el amparo de una gracia que ha roto las cadenas de la culpa y del castigo eterno.

La experiencia humana nos recuerda constantemente nuestras limitaciones. Nos vemos cayendo en pensamientos, actitudes y pecados que creíamos ya haber vencido. Y, sin embargo, es precisamente allí donde la obra del Espíritu Santo se manifiesta con mayor claridad. Pablo dice que ***“la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte”*** (Romanos 8:2).

Esto significa que, aunque todavía percibimos la fragilidad de nuestra carne, ya no estamos sujetos al poder que antes nos esclavizaba. El Espíritu nos introduce en una nueva dinámica de vida, donde la debilidad no es el fin de nuestra historia, sino el escenario en el cual se despliega la fortaleza de Dios.

Es necesario reconocer que muchos creyentes viven atrapados en un ciclo de culpa. El enemigo susurra: “Fallaste otra vez, no eres digno, Dios ya no tiene paciencia contigo”. Y, en medio de esa voz acusadora, el corazón se siente pesado, incapaz de levantar la mirada al cielo.

Sin embargo, la Palabra nos recuerda que la condenación no proviene de Dios para aquellos que están en Cristo. Si bien el Espíritu convence de pecado, no lo hace para hundirnos en la desesperación, sino para dirigirnos a la cruz, donde el precio ya fue pagado. La condenación pertenece al pasado; la gracia es nuestro presente, y la gloria nos espera en el futuro.

Este año, falleció el reconocido evangelista Jimmy Swaggart, quien ejerció su ministerio durante varias décadas. Muchos cristianos mayores recordamos el impacto global de sus mensajes televisivos, que no solo alcanzaron a Estados Unidos, sino que tocaron corazones en todo el mundo.

Sin embargo, en 1988, un escándalo sexual se hizo público y provocó su destitución de las Asambleas de Dios. Aquellos hechos dañaron gravemente su credibilidad, provocaron un declive en el apoyo a su ministerio y marcaron un momento histórico en la televisión religiosa: su confesión pública de pecado y arrepentimiento. Aún hoy circula en redes su pedido de perdón.

Swaggart continuó predicando hasta casi los noventa años, pero desde entonces, muchos lo han recordado más por su caída que por su legado. De hecho, no lo estaría mencionando si no fuera por ese episodio. Pero no lo hago como ejemplo de alguien que cayó, sino porque incluso tras su fallecimiento, se desató un debate entre cristianos en redes sociales sobre si ese hombre sería salvo o no.

Confieso que esto me pareció profundamente perverso. Me indignó. ¿Cómo puede haber ministros que cuestionen la salvación de un hermano por un pecado cometido hace casi cuarenta años? Y digo ministros, porque algún hermano que ignore la esencia del evangelio, podría dudar, pero absurdamente el debate se produjo por medio de gente que se supone que conoce la Palabra. Un triste disparate.

El 21 de febrero de 1988, frente a las cámaras que tanto éxito le habían dado, en una transmisión en vivo, rodeado de seguidores cuidadosamente seleccionados, con su esposa y su hijo en primera fila, Swaggart declaró: *“Hace tres mil años, Dios le dijo a David: Has hecho esto en secreto, pero yo hago lo que hago abiertamente, ante todo Israel. Mi pecado fue cometido en secreto, y Dios me ha dicho: Yo hago lo que hago ante el mundo entero. Loado sea el nombre del Señor... He pecado contra ti, Señor. Y te pido que Tu preciosa sangre lave y limpie cada mancha, hasta que gracias al perdón de Dios no sean recordadas contra mí nunca más...”*

Luego añadió otras palabras, pero pregunto: ¿Qué más hacía falta para que Swaggart recibiera perdón? Se humilló públicamente. Podría haberlo hecho en privado, pero eligió reconocer lo que había trascendido. Se hizo cargo. Perdió un prestigio que nunca recuperó. Y clamó por la sangre de Cristo. Entonces, ¿era necesario esto, más una penitencia de cuarenta años sin garantía de salvación?

“Y el testimonio es éste: que Dios nos ha dado vida eterna, y esa vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida. Les escribo estas cosas a ustedes que creen en el nombre del Hijo de Dios, para que sepan que tienen vida eterna.”

1 Juan 5:11 al 13

Por otra parte, la obra del Espíritu en nuestra debilidad es tan real como el aire que respiramos. Pablo

mismo confiesa: ***“El Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad” (Romanos 8:26)***. No dice que el Espíritu nos abandona cuando somos débiles, ni que espera a que seamos fuertes para intervenir. Más bien, entra en nuestro quebranto, se une a nuestras lágrimas y clama en nosotros con gemidos indecibles.

Allí, donde sentimos que las palabras nos faltan y la fuerza se apaga, el Espíritu intercede y sostiene nuestra fe. Esta realidad apostólica es una de las mayores fuentes de consuelo para los creyentes: no estamos solos en nuestra lucha, ni siquiera en las batallas internas que nadie más conoce.

La seguridad del amor de Dios atraviesa todo este capítulo. Pablo concluye con una explosión de certeza: ***“Estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir... ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro” (Romanos 8:38 y 39)***. Este es el antídoto contra el veneno de la condenación: el amor eterno, inmutable e inquebrantable del Padre. El creyente que tropieza debe recordar que no sorprende a Dios con sus caídas. El Señor ya nos conocía en nuestra debilidad antes de escogernos, y aun así nos amó con un amor que no tiene sombra de variación.

Vivir en la gracia y no en la condenación es una decisión diaria. No significa negar el pecado ni justificarlo, sino aprender a mirarlo desde la perspectiva de la cruz.

Cuando caemos, lo primero que brota de nuestro corazón suele ser la vergüenza, y lo segundo, la tentación de escondernos, como Adán y Eva en el huerto.

Pero la gracia nos invita a correr hacia Dios, no a huir de Él. El Evangelio nos libera de la lógica del castigo inmediato para introducirnos en la lógica del perdón que restaura. La disciplina de Dios, cuando la hay, no es para condenar, sino para formar el carácter de Cristo en nosotros.

“Hijo mío, no tomes a la ligera la disciplina del Señor ni te desanimes cuando te reprenda, porque el Señor disciplina a los que ama, y azota a todo el que recibe como hijo. Lo que soportan es para su disciplina, pues Dios los está tratando como a hijos. ¿Qué hijo hay a quien el padre no disciplina?”

Hebreos 12:5 al 7

La exhortación que brota de este pasaje es clara: Los hijos de Dios podemos ser disciplinados y aun padecer consecuencias de nuestros errores, pero no podemos vivir encadenado a la voz de la culpa. Si estamos en Cristo, la condenación ya no tiene autoridad sobre nosotros.

La gracia no es un permiso para pecar, sino un poder para levantarnos cada vez que caemos, con la certeza de que Aquel que comenzó la buena obra en nosotros la perfeccionará hasta el día de Jesucristo (**Filipenses 1:6**). La vida en el Espíritu nos lleva a caminar confiados, sabiendo

que nuestra identidad no se define por nuestros tropiezos, sino por la victoria de Cristo.

Si hay un capítulo en la Escritura que ilumina el corazón del creyente que lucha contra la condenación, es nada menos que Romanos ocho. Aquí encontramos la tensión de dos realidades: nuestra fragilidad humana y la firmeza del amor de Dios. No hay negación de nuestra debilidad, ni romanticismo superficial acerca de la vida cristiana.

Pablo, con una sinceridad que desarma, reconoce la batalla que libra el corazón humano entre el deseo de obedecer a Dios y la inclinación al pecado, pero asegura que no hay ninguna condenación para los hijos de Dios. Es como si el apóstol dijera: *“Sí, conozco la guerra que hay en ti; sí, reconozco tus caídas; sí, admito que tu carne sigue siendo débil... pero hay una realidad superior que no depende de tu fuerza, sino de la obra consumada de Cristo”*.

La condenación es un veredicto que ya no recae sobre nosotros. El juicio fue llevado a cabo en la cruz, y la sentencia fue satisfecha por la sangre del Cordero. Ahora, lo que pesa sobre nosotros no es la ira, sino la gracia; no es el rechazo, sino la aceptación; no es el miedo, sino la certeza de un amor eterno.

El enemigo, sin embargo, insiste en recordarnos el lenguaje de la condena. Nos susurra con astucia: “Si fueras realmente hijo de Dios, no habrías caído”. Es el mismo veneno que utilizó con Eva en el huerto y con Jesús en el

desierto: cuestionar la identidad, sembrar la duda, levantar acusaciones. Pero Cristo, con su obra redentora, ha silenciado la voz del acusador.

El Apocalipsis nos enseña que Satanás es ***“el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche”*** (Apocalipsis 12:10). No obstante, fue expulsado del cielo (Lucas 10:18). Esa fue la primera etapa de su sentencia, porque el reino de Satanás fue derrotado en la cruz del Calvario (Juan 12:31 y 32), y ya no puede acusarnos delante de Dios como lo hizo en la época de Job, simplemente porque la Iglesia es el cuerpo de Cristo, y para acusar a los santos redimidos debería acusar a Cristo, lo cual es imposible. Lo que sí puede hacer es tratar de generar acusaciones personales para hacernos sentir culpables.

Juan escribió que la Iglesia le ha vencido ***“por la sangre del Cordero y por la palabra del testimonio de ellos”*** (Apocalipsis 12:11). Allí radica nuestra victoria: no en evitar la acusación, sino en creer que la deuda ya fue cancelada en la cruz. Nosotros vivimos en Cristo; el enemigo no puede acusarnos porque ante el Padre está presente la justicia de Cristo. Solo debemos evitar que esas acusaciones afecten nuestra conciencia.

La obra del Espíritu Santo se vuelve indispensable en este proceso. Sin Él, estaríamos atrapados en una vida marcada por la culpa o por el legalismo. Pero el Espíritu nos recuerda, una y otra vez, que somos hijos amados. Pablo declara:

“Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el Espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!”

Romanos 8:15

Este clamor íntimo y filial es la prueba de que hemos pasado de la condenación a la gracia. Cuando nuestro corazón se acerca a Dios llamándole “Padre”, está proclamando que la relación no se basa en méritos humanos, sino en la misericordia divina. Lamentablemente, la religiosidad y el legalismo hacen un perverso trabajo al tratar de generar culpa y condenación con tal de lograr compromiso y santidad.

Quienes predicán duramente, sin incluir los conceptos de la gracia, aunque sea con la intención de promover consagración, lo único que generan es manipulación religiosa. Esto presiona la conciencia de los hermanos al grado de convertir el evangelio en una carga difícil de sobrellevar. Así, no solo no se evitan caídas, sino que quienes fallan terminan cayendo en hipocresía, porque la vergüenza y el miedo les hacen ocultar sus pecados.

Algunos creen que, cuanto más duro sea el mensaje, más santo y espiritual es el predicador. Por lo general, cuando alguien predica de esa manera, nadie duda de su mensaje, pero muchas veces está cargado de legalismo y religiosidad. Cuando es así, lo que producen es esclavitud: hermanos que procuran vivir el evangelio con sus propias fuerzas y que, al

fallar, ocultan su problema, se sienten condenados y llegan incluso a dudar de su salvación.

Otros, en cambio, se van al extremo de diluir el evangelio, quitando todo sentido de compromiso y responsabilidad. Esto genera personas que asumen el pecado con liviandad y creen que la gracia es una licencia divina para vivir como se les antoja. Creo que es fundamental que hoy encontremos el equilibrio, predicando un mensaje lleno de gracia y de verdad, enseñando a los hermanos a vivir amparados en la justicia de Cristo, pero revestidos de Su Espíritu para andar conforme a Su voluntad.

Debemos generar dependencia del Espíritu Santo, de Su obrar y de Su dirección. Es entonces cuando encontramos una capacidad sobrenatural para vivir en libertad y plenitud espiritual. Además, esta vida fundamentada en la comunión con el Espíritu Santo nos sostiene en nuestra debilidad. Nos hace comprender que no somos infalibles y que la gracia es necesaria en cada momento.

El Espíritu Santo no se limita a observar nuestras luchas, sino que entra en ellas. Allí, donde nuestra oración se quiebra en un suspiro, donde la palabra se convierte en silencio, Él nos ayuda en nuestra debilidad; porque qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero Él mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles **(Romanos 8:26)**.

Esta intercesión garantiza que, aun cuando no sabemos pedir como conviene, la voluntad perfecta de Dios se cumple en nuestras vidas. Y esto nos conduce a una verdad mayor: todo lo que nos sucede, incluso nuestras caídas, si nos rendimos a la gracia, es usado por Dios para bien, para moldearnos conforme a la imagen de Su amado Hijo (**Romanos 8:28 y 29**).

Pero vivir sin condenación no significa vivir sin responsabilidad. La gracia no es un pasaporte para pecar con liviandad, sino un llamado a la libertad en obediencia. Pablo lo explica al inicio del capítulo: “...*los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu*” (**Romanos 8:1**). No se trata de perfección instantánea, sino de dirección continua. Ya no vivimos bajo la tiranía del pecado, sino bajo la guía del Espíritu Santo. Esto requiere una decisión diaria: ¿escucharemos la voz de la carne que nos lleva a la esclavitud, o la voz del Espíritu que nos conduce a la vida y a la paz?

Quienes aprendemos a vivir en la gracia experimentamos una transformación radical en nuestra manera de ver a Dios y de vernos a nosotros mismos. Dejamos de percibirnos como reos esperando una sentencia y comenzamos a vernos como hijos aguardando una herencia gloriosa.

La comunión con el Padre se fundamenta en la confianza, no en el temor; en el amor, no en la culpa. Esta confianza nos otorga libertad para servir, audacia para

proclamar el evangelio y gozo para vivir, incluso en medio de pruebas. La seguridad del amor de Dios, que Pablo expone en los versículos finales del capítulo, es la roca sobre la que descansa nuestra esperanza. Nada, absolutamente nada, podrá separarnos del amor de Dios.

Iglesia preciosa, quizás hemos vivido demasiado tiempo bajo el látigo de la condenación. Quizás hemos sentido que nuestra vida cristiana es una cadena de intentos fallidos. Pero debemos escuchar de nuevo la voz del Evangelio del Reino en los fundamentos del Nuevo Pacto. Entonces no seremos livianos a la hora de gestionar nuestra fe.

Cultivaremos una profunda comunión con el Señor, pero, en caso de fallar, tendremos la certeza de que ninguna condenación hay para los que estamos en Cristo Jesús. Dejemos que esta verdad penetre en nuestra conciencia, y nuestro corazón permanecerá sano. No caminemos con la cabeza baja cuando tenemos un evangelio tan extraordinario.

Somos hijos del Rey y nuestra seguridad es Jesucristo. No debemos dejar que el enemigo escriba la última palabra sobre nuestra historia; la última palabra pertenece a la cruz, y esa palabra está cargada de gracia y amor. No dejemos que nadie nos juzgue fuera de Cristo, y no nos descalifiquemos por fallar ni persistamos en el error. Cada día es una oportunidad para volver a levantarnos.

La vida cristiana es una travesía marcada por contrastes: la santidad que anhelamos y las caídas que experimentamos, la libertad prometida y la debilidad que sentimos, la esperanza eterna y la realidad del dolor presente. Sin embargo, en medio de esa tensión, el Señor nos ofrece un camino de gracia.

Este capítulo no es una invitación a vivir ignorando nuestras fallas; por el contrario, es una invitación a reconocerlas a la luz del amor de Dios, para encontrar restauración y nuevas oportunidades. Es común que, después de un fracaso, algunos hermanos se pregunten: “¿Seguirá Dios amándome?”. La lógica humana tiende a suponer que el amor se gana con buenas obras y se pierde con errores. Pero la lógica del Evangelio es completamente diferente, y debemos abrazarla.

Pablo declara con una seguridad que no deja espacio a dudas: ***“El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con Él todas las cosas?” (Romanos 8:32).*** En otras palabras: si Dios nos amó hasta el punto de entregar lo más valioso que tenía, ¿por qué pensar que ahora nos retirará Su amor a causa de nuestras debilidades? El amor de Dios no se fundamenta en nuestra fidelidad, sino en la fidelidad de Cristo.

Es aquí donde la gracia se convierte en el motor de una vida transformada. Quien vive bajo la condenación se esfuerza por obedecer desde el miedo; quien vive bajo la gracia obedece desde la gratitud. Una fe marcada por la

condena se obsesiona con no fallar, mientras que una fe fundada en la gracia se enfoca en agradecer al Padre por amor.

Esa diferencia cambia radicalmente la manera de caminar con Dios. Jesús mismo enseñó que ***“al que mucho se le perdona, mucho ama”*** (Lucas 7:47). Es el amor experimentado en medio de la gracia lo que enciende la llama de una vida entregada. Dejémonos amar y amemos a Dios con toda intensidad. Recordemos que sin Él no hay posibilidades de éxito. Sin Él nada podemos hacer (**Juan 15:5**).

El Espíritu Santo es quien nos conduce a esa seguridad. Cuando nos sentimos acusados, Él nos recuerda nuestra identidad en Cristo. Cuando pensamos que la caída nos ha alejado de Dios, Él nos asegura que seguimos siendo hijos. Cuando el peso de la culpa nubla nuestra fe, Él mismo intercede por nosotros. Esta certeza es vital para no sucumbir ante la desesperanza. Pablo lo expresa con palabras que resuenan como un cántico triunfal:

“¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros.”

Romanos 8:33 y 34

Este es el corazón del Evangelio: en Cristo, la condena se transforma en absolución, la vergüenza en libertad, el

temor en confianza. Y este mensaje no solo debe ser creído intelectualmente, sino abrazado en lo profundo del alma. Cada vez que el pecado intente arrastrarnos al abismo de la culpa, debemos recordar que la cruz ya dictó sentencia: justificados, perdonados, libres. Cada vez que el enemigo intente susurrar acusaciones, debemos responder con la Palabra: ***“Ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús”.***

Ahora bien, debemos tener en claro que la vida en la gracia no nos exime de la lucha. El pecado sigue siendo una realidad que enfrentamos, pero ya no tiene la última palabra. Vivir en la gracia implica levantarnos después de cada caída con la certeza de que Dios no se sorprende de nuestra fragilidad. Él conoce de qué estamos hechos; sabe que somos polvo (**Salmo 103:14**). Y aun así, nos amó antes de que diéramos el primer paso hacia Él. Esa comprensión debería liberarnos de la arrogancia y, al mismo tiempo, sostenernos en medio del quebranto.

Dios no espera perfección de nosotros; espera entrega. No nos pide que ocultemos nuestras heridas, nos invita a traerlas a la cruz. No anhela que vivamos bajo el peso de la culpa, quiere que experimentemos la gracia que quita nuestras cargas. El camino de la fe no es un sendero sin tropiezos, sino un andar donde cada caída se convierte en una oportunidad para conocer más profundamente la paciencia, la misericordia y la fidelidad del Señor.

“Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de Aquel que nos amó.”

Romanos 8:37

La victoria no se mide por nunca caer, sino por tener la capacidad de levantarnos una y otra vez en el poder de la gracia. Somos más que vencedores no porque nuestra historia esté libre de errores, sino porque Cristo escribió la última palabra sobre nuestra vida: “gracia divina”.

Amados hermanos, si alguno siente que ha fallado muchas veces, si alguno se siente indigno de mantener una verdadera comunión con Dios, si alguno carga con cicatrices en su alma a causa de su fragilidad, quiero decirles que pueden descansar en una verdad inamovible. Una verdad que no es mía, sino del Señor que nunca miente: ***“Nada podrá separarnos del amor de Dios que es en Cristo Jesús Señor nuestro”***. Y esa verdad es suficiente para caminar, con confianza y con gozo, cada día, hasta que contemplemos al Señor cara a cara.

“Justificados pues por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo: Por el cual también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios.”

Romanos 5:1 y 2



Capítulo cinco

MISERICORDIAS NUEVAS DADA MAÑANA

“Por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos, porque nunca decayeron sus misericordias. Nuevas son cada mañana; grande es tu fidelidad”
Lamentaciones 3:22 y 23

El corazón humano conoce bien la sensación del fracaso. Una y otra vez tropezamos con la realidad de nuestra fragilidad y, en esas horas oscuras, el alma suele preguntarse: “¿Todavía hay lugar para mí en el amor de Dios?”. Es precisamente allí donde resuena con fuerza la voz del profeta Jeremías. Este pasaje de Lamentaciones, escrito en medio de un tiempo de ruina y dolor, se levanta como un faro que ilumina a todo creyente que se siente derrotado.

El profeta Jeremías no pronunció estas palabras desde la comodidad de un templo en paz, ni en un momento de prosperidad nacional. Al contrario, las escribió mientras contemplaba la devastación de Jerusalén: el pueblo en ruinas y el templo destruido. Era un escenario donde todo parecía

perdido, donde la culpa colectiva del pecado había traído consecuencias irreversibles. Sin embargo, desde ese valle de cenizas brota la certeza de que la misericordia de Dios es más fuerte que el juicio. Jeremías aprendió a ver más allá de las ruinas para contemplar al Dios que nunca deja de amar.

Así ocurre también en nuestra vida. Cuando nos encontramos entre las ruinas de nuestros propios errores, cuando lo que vemos alrededor es la consecuencia de nuestras malas decisiones o de nuestros pecados, la tentación es creer que todo terminó. Pero la misericordia de Dios se presenta como una fuente que no se agota.

Su fidelidad no depende de nuestra constancia ni de nuestra capacidad de mantenernos firmes; depende únicamente de Su carácter eterno. Jeremías afirma que las misericordias son nuevas cada mañana, y esta declaración es profundamente profética: cada amanecer es un recordatorio divino de que el ayer quedó atrás y que hoy hay gracia suficiente para comenzar de nuevo.

El alma acusada suele levantarse con la memoria cargada de culpas pasadas. El enemigo sabe cómo susurrar al oído el catálogo de fracasos del día anterior para que cada mañana empiece con la sombra de la derrota. Pero el Evangelio rompe esa cadena, invitándonos a mirar el nuevo día como una oportunidad fresca para experimentar la misericordia de Dios.

Reitero que esto no se trata de un simple optimismo humano ni de ignorar la gravedad del pecado, sino de reconocer que la cruz ya pagó la deuda y que el amor del Padre nos recibe con brazos abiertos, incluso después de nuestras caídas. Nosotros no le fallamos a Dios, porque Él no ha depositado Su confianza en nosotros, sino en Su Hijo amado, quien ciertamente no falló jamás. Lo que ahora vivimos lo vivimos en la fe del Hijo, no en la nuestra (**Gálatas 2:20**).

El carácter de Dios es lo que sostiene esta esperanza. Él es paciente, fiel y redentor. La paciencia de Dios no significa indiferencia ante nuestro pecado, sino la expresión de un amor que da oportunidad para el arrepentimiento. Pedro lo dice claramente:

“El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento.”

2 Pedro 3:9

La fidelidad de Dios, por su parte, es la certeza de que no cambia con nuestras inconstancias: ***“Si fuéremos infieles, Él permanece fiel; Él no puede negarse a sí mismo”*** (**2 Timoteo 2:13**). Y Su carácter redentor asegura que ninguna ruina es definitiva, porque Él es especialista en levantar de los escombros y hacer nuevas todas las cosas (**Apocalipsis 21:5**).

La gracia que se renueva cada mañana no significa que el pecado carezca de consecuencias, sino que el amor de Dios tiene la capacidad de redimir incluso lo que parece perdido. Esto transforma nuestra manera de enfrentar la vida: ya no caminamos como quienes están atados al peso de la condena, sino como hijos que saben que siempre hay un lugar para regresar. La misericordia no es excusa para continuar en el pecado, sino impulso para levantarnos y caminar en obediencia.

Quizás hoy alguien despierte con el peso de lo que hizo ayer. Quizás su conciencia lo condene y sus pensamientos insistan en recordarle el fracaso. Pero yo los invito a escuchar una vez más la voz del Señor: ***“Nuevas son cada mañana mis misericordias”***. Esa palabra no es para los perfectos, sino para los quebrantados; no para los que creen tenerlo todo bajo control, sino para los que reconocen su necesidad. El sol que vuelve a salir es una predicación silenciosa de la fidelidad de Dios: así como la luz del día regresa con constancia, también regresa Su amor, inagotable, firme y eterno.

La misericordia de Dios no es un concepto abstracto, sino una realidad que se experimenta en lo cotidiano. Jeremías, al declarar que son nuevas cada mañana, nos recuerda que la gracia divina acompaña cada respiro y cada jornada. El hecho de abrir los ojos y contemplar un nuevo día no es producto del azar ni del simple curso natural de la vida, sino de la paciencia de un Dios que sostiene al mundo entero con la palabra de Su poder (**Hebreos 1:3**).

Cuando miramos nuestra vida con sinceridad, comprendemos que si Dios nos tratara conforme a nuestras obras, ninguno de nosotros podría permanecer en pie. El salmista lo expresa con claridad: ***“Si mirares a los pecados, oh Jehová, ¿quién, oh Señor, podrá mantenerse?”*** (Salmo 130:3). Esta pregunta retórica desnuda nuestra total incapacidad de justificarnos ante Dios. Pero el mismo salmo responde: ***“En ti hay perdón, para que seas reverenciado...”*** (Salmo 130:4). Es decir, la misericordia no solo nos libra de la condena, sino que también despierta en nosotros reverencia y gratitud.

La gracia que se renueva cada mañana desafía nuestra lógica humana. El amor de los hombres se desgasta con el tiempo, se cansa de perdonar repetidas ofensas, se agota frente a la fragilidad ajena. Pero el amor de Dios no se extingue, porque se origina en Su carácter eterno. El profeta Isaías lo describe de manera conmovedora:

“¿Se olvidará la mujer de lo que dio a luz, para dejar de compadecerse del hijo de su vientre? Aunque olvide ella, yo nunca me olvidaré de ti.”

Isaías 49:15

Este pasaje nos enseña que incluso el vínculo humano más fuerte puede romperse, pero la misericordia divina permanece inquebrantable. Esa fidelidad no significa que Dios pase por alto nuestro pecado sin más. Su misericordia no es permisividad, sino compasión redentora. La prueba de ello está en la cruz del Calvario.

La deuda del pecado era tan real y tan grave, que solo la sangre del Hijo de Dios podía saldarla. Allí se revela la paradoja de la misericordia: Dios no ignoró el pecado, pero lo cargó sobre Cristo para ofrecernos perdón. Cada mañana en que nos levantamos bajo Su gracia, debemos recordar que esa misericordia tuvo un precio altísimo. El hecho de que podamos comenzar de nuevo no es porque nuestras faltas carezcan de peso, sino porque Cristo ya cargó con ese peso en nuestro lugar.

La aplicación de esta verdad es profundamente práctica. Muchos cristianos viven atrapados en el ciclo de la culpa: caen, se avergüenzan, prometen no volver a fallar y, al tropezar nuevamente, sienten que han agotado la paciencia de Dios. Pero la Palabra nos recuerda que Sus misericordias son inagotables. El apóstol Juan lo confirma al escribir:

“Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo.”

1 Juan 2:1

Es decir, la gracia no nos empuja al pecado, sino que nos da un lugar de refugio cuando caemos. Sin embargo, abrazar la misericordia de Dios requiere humildad. El orgulloso no busca perdón porque cree que no lo necesita, o porque teme reconocer su fragilidad. El quebrantado, en cambio, se acerca confiado al trono de la gracia, sabiendo que allí encontrará oportuno socorro (**Hebreos 4:16**).

Esta dinámica de arrepentimiento y restauración es la que nos permite vivir en libertad. Negar nuestra necesidad de misericordia nos encadena al legalismo; reconocerla nos abre las puertas de la gracia y de la paz. Es muy triste levantarse por la mañana sabiendo que hemos fallado: el corazón permanece angustiado y la mente nos hace pensar que hemos perdido todo. Pero ¡qué sanador es recibir el alivio del perdón! No como un simple concepto bíblico, sino como una verdad revelada al corazón.

Amados hermanos, ¿alguno de ustedes se ha sentido así últimamente? Es más, ¿cómo amaneció hoy su corazón? ¿Alguien se levantó con la pesada carga de sus errores? En tal caso, no se preocupen, solo escuchen la voz del Espíritu que proclama sobre ustedes una verdad eterna: ***“Nuevas son cada mañana las misericordias del Señor”***. Este día, aun con sus desafíos, es una nueva oportunidad para experimentar Su fidelidad, caminar con la certeza de que el amor de Dios no se agota y vivir con gratitud por la gracia que nos sostiene.

Cada amanecer trae consigo un mensaje silencioso de parte de Dios: “No he terminado contigo”. El simple hecho de despertar es ya un sermón de Su fidelidad, un recordatorio de que todavía hay esperanza, aun cuando sentimos que hemos fallado demasiado. La luz que se cuela por la ventana es como una predicación diaria de la paciencia divina, mostrándonos que la noche del fracaso nunca tiene la última palabra, porque siempre llega un nuevo día bajo el sol de Su misericordia.

Quienes aprendemos a vivir en esta verdad descubrimos que la gracia no solo restaura, sino que también capacita. Jeremías, en medio de las ruinas, pudo levantar la mirada y confesar: ***“Grande es tu fidelidad”*** (**Lamentaciones 3:23**). El profeta no hablaba desde un lugar de plenitud, sino desde la desolación. Y es allí donde la misericordia brilla con más intensidad: en el contraste de nuestra debilidad y la fuerza inmutable del amor de Dios. De la misma manera, cuando reconocemos que somos sostenidos cada día por la gracia y no por nuestros méritos, nuestra fe se fortalece y nuestra esperanza se renueva.

El carácter de Dios se revela en esta constancia. Él no actúa con impulsos pasajeros ni con emociones cambiantes, como lo hacemos los hombres. El Señor se mantiene fiel, incluso cuando nosotros fluctuamos. No necesitamos temer que un día Dios despierte cansado de nosotros, ni imaginar que Su paciencia se agote como la de un padre terrenal. Por el contrario, podemos descansar en que Su amor no depende de la estabilidad de nuestra conducta, sino de Su decisión eterna de amarnos en Cristo Jesús.

La cruz es la mayor prueba de esa fidelidad. Allí, el Padre entregó a Su Hijo sabiendo de antemano cada caída, cada tropiezo, cada fracaso que tendríamos. No fue un acto improvisado, sino un plan eterno. Pedro lo afirma al decir que Cristo fue ***“ya destinado desde antes de la fundación del mundo”*** (**1 Pedro 1:20**). Es decir, antes de que existiéramos, Dios ya había provisto la solución para nuestra miseria. Por eso, cada mañana podemos levantarnos con la certeza de que

nuestras fallas no sorprenden al Señor; Él ya había preparado el camino de restauración.

Ahora bien, experimentar la misericordia nueva de cada día no significa vivir con ligereza ante el pecado. Al contrario, significa vivir con mayor gratitud y responsabilidad. Quien sabe que ha sido perdonado mucho, aprende a valorar la gracia y a caminar en obediencia.

La misericordia no nos empuja al conformismo, sino que nos inspira a levantarnos con nuevos ánimos. Es como el hijo pródigo que, después de experimentar la restauración en casa del padre, ya no vuelve a mirar la vida con los mismos ojos. El abrazo recibido, después de la vergüenza del fracaso, enciende un amor más profundo. Así ocurre con nosotros: cada mañana, al recibir misericordia fresca, somos llamados a responder con gratitud y fidelidad.

Este entendimiento transforma nuestra perspectiva diaria. Muchos caminan como si cada día fuera una condena más, como si el pasado los definiera. Pero el Evangelio nos enseña que cada mañana es también un nuevo comienzo. No importa cuán oscura haya sido la noche, siempre habrá un amanecer que nos recuerde la fidelidad de Dios. El salmista lo expresa así: ***“Por la noche durará el lloro, y a la mañana vendrá la alegría”*** (Salmo 30:5). Esa alegría no es la negación del dolor, sino la certeza de que la misericordia de Dios es más fuerte que cualquier ruina.

Amados hermanos, tal vez alguno de ustedes se sienta como Jeremías, observando las ruinas del matrimonio, de alguna amistad o de algún logro laboral. Pero escuchen con atención la proclamación que surge de la Palabra de fe, no de sus pensamientos pesimistas.

No importa cuántas veces hayan fallado, ni qué tan pesado sea el pasado que cargan; el Dios de la fidelidad les dice que hay gracia suficiente para este día. Caminen con la frente en alto, no por cómo se sienten en ustedes mismos, sino por lo que Cristo es. Y dejen que cada amanecer sea una predicación viva de que el amor de Dios nunca se acaba, que Su misericordia es eterna y que Su fidelidad es grande.

Así, la vida cristiana no se convertirá en un lamento continuo por el ayer, sino en una esperanza firme para el presente y el futuro. Cada día es una nueva oportunidad para experimentar la gracia, para levantarse, para obedecer, para confiar. Y mientras el sol siga saliendo, sigan repitiendo el mismo mensaje: *“Dios es fiel, Su amor no se agota y Sus misericordias son nuevas cada mañana...”*

“Tu misericordia, Jehová, llega hasta los cielos; tu verdad hasta las nubes.”

Salmo 36:5:



Capítulo seis

NUESTRAS FALLAS NO SORPRENDEN A DIOS

*“Oh Jehová, tú me has examinado y conocido.
Tú has conocido mi sentarme y mi levantarme;
Has entendido desde lejos mis pensamientos.
Has escudriñado mi andar y mi reposo,
Y todos mis caminos te son conocidos.”*

Salmo 139:1 al 3

Uno de los mayores engaños que el corazón humano puede experimentar es creer que las caídas toman a Dios por sorpresa. Muchos piensan que, al fallar, el Señor se ve obligado a improvisar un plan de emergencia para rescatarnos, como si no hubiera previsto nuestros tropiezos. Sin embargo, la Escritura revela todo lo contrario: nada de lo que sucede en nuestra vida escapa al conocimiento previo y perfecto de Dios. Él conoce nuestro pasado, nuestro presente y también cada paso que daremos en el futuro.

Esto no significa que Dios apruebe el pecado, sino que Su soberanía es tan amplia que no se ve limitada por nuestras

debilidades. Antes de que cayéramos, ya había preparado un camino de gracia y restauración. La cruz no fue un plan alternativo; fue la provisión eterna de Dios para redimirnos de aquello que Él ya sabía que enfrentaríamos. Por eso, cuando tropezamos, Dios no se encuentra con una sorpresa: Él ya sabía que eso nos sucedería. Y lo hermoso es que, allí donde descubrimos nuestra insuficiencia, Él nos revela la suficiencia de Cristo.

El error más peligroso en medio de nuestras fallas es pensar que Dios nos ha desechado o que hemos arruinado para siempre nuestro propósito. Esa es precisamente la estrategia del enemigo: convencernos de que no hay retorno. Pero el Evangelio nos enseña que la gracia no se agota con nuestras flaquezas. El mismo Dios que nos escogió desde antes de la fundación del mundo, sabiendo quiénes éramos y quiénes seríamos, es el que nos sostiene hoy. Su elección nunca fue ingenua; fue Soberana. Él conocía nuestros pecados y nuestras futuras debilidades, y aun así determinó escogernos.

Por eso, cuando caemos, la respuesta correcta no es escondernos como Adán en el Edén, sino correr hacia Aquel que ya conocía nuestra caída y preparó la salvación. No necesitamos inventar excusas ni justificarnos, porque la cruz ya habló en nuestro favor. En vez de temer a la exposición, podemos descansar en la seguridad de que Dios no se sorprende de nosotros: Él nos conoce hasta lo más profundo y, aun así, nos recibe con brazos abiertos. No procuremos alguna hoja para cubrir nuestra desnudez.

Ahora bien, ¿dónde dice la Biblia que nuestros pecados pasados, presentes y futuros son perdonados? En **Hebreos 9:24 al 26** leemos: ***“Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios; y no para ofrecerse muchas veces, como entra el sumo sacerdote en el Lugar Santísimo cada año con sangre ajena. De otra manera le hubiera sido necesario padecer muchas veces desde el principio del mundo; pero ahora, en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado.”***

Si somos hijos de Dios, es porque nuestros pecados fueron perdonados por el sacrificio de Cristo. Si solo hubiera muerto por nuestros pecados pasados, tendría que morir por cada nuevo pecado que cometiéramos. Habría tenido que comenzar con los pecados de Adán en la fundación del mundo y nunca dejar de sufrir por los nuestros. En cambio, Él ***“quitó el pecado por el sacrificio de sí mismo”*** (**Hebreos 9:26**), ***“porque esto lo hizo una vez, ofreciéndose a sí mismo”*** (**Hebreos 7:27**). De hecho, como bien lo dijo Juan el Bautista, Él es el Cordero que “quita” el pecado del mundo (**Juan 1:29**).

Por supuesto, recibimos el perdón de los pecados cuando creemos en el evangelio (**Hechos 26:18**). Pero no tenemos que volver a creer en el evangelio cada vez que pecamos. Si somos salvos y fuimos perdonados de nuestros pecados, entonces, más allá de los que podamos cometer hoy,

mañana podemos abrir nuestra Biblia y **Colosenses 2:13** todavía dirá: ***“habiéndonos perdonado todos los pecados...”*** en tiempo pasado. Las palabras en la página no cambian, a pesar de la frecuencia con la que contristamos al Espíritu de Dios con nuestro pecado. Nuestro perdón es parte fundamental de un Pacto hecho por Cristo, consumado eternamente y para siempre.

Ahora bien, sabiendo que tenemos el perdón de los pecados (**Efesios 1:7**) y que estamos sellados con el Espíritu Santo de la promesa (**Efesios 1:13**), Pablo nos exhorta a no contristar al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuimos sellados (**Efesios 4:30**). Y lo que entristece al Espíritu Santo es el pecado. Entonces, si tenemos el perdón de los pecados según las riquezas de Su gracia, no continuemos en el pecado para que la gracia abunde (**Romanos 6:1**), sino que honremos el amor de Dios cuidándonos lo más posible.

“Considerad a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar. Porque aún no habéis resistido hasta la sangre, combatiendo contra el pecado.”

Hebreos 12:3 y 4

El escritor de Hebreos nos invita a esforzarnos y a contemplar a Jesús como nuestro Sumo Sacerdote compasivo:

“No tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue

tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro.”

Hebreos 4:15 y 16

Esta exhortación nos muestra que el lugar donde deberíamos correr cuando fallamos no es lejos de Dios, sino hacia Él. Su trono no es de juicio para los redimidos, sino de gracia y socorro.

Aquí radica la diferencia entre la religión legalista y el Evangelio de Cristo. La religión levanta muros y exige perfección antes de acercarse; el Evangelio abre puertas y ofrece perdón en medio de la imperfección. La religión dice: “Arreglen sus vidas para que Dios los acepte”; el Evangelio del Reino proclama: “Dios los acepta en Cristo para que tengan paz, no por méritos de la vieja naturaleza”. Este cambio de perspectiva es vital para caminar en verdadera libertad.

Cristo intercede por nosotros no porque ignore nuestras fallas, sino precisamente porque las conoce. Su intercesión es la respuesta divina a nuestra debilidad. Es como un abogado que no solo conoce la causa de su cliente, sino que ya ha pagado la condena en su lugar. El mismo Juan lo asegura:

“Mis queridos hijos, les escribo estas cosas para que no pequen. Pero si alguno peca, tenemos ante el Padre a un

intercesor, a Jesucristo, el Justo. Él es el sacrificio por el perdón de nuestros pecados, y no sólo por los nuestros sino por los de todo el mundo.”

1 Juan 2:1 y 2 NVI

Cada vez que caemos, encontramos a un abogado, como dice la versión Reina-Valera, o un intercesor que no presenta excusas, sino Su propia sangre como defensa irrefutable. Esto debería producir en nosotros una doble reacción: por un lado, descanso y confianza, sabiendo que no estamos solos ni olvidados en nuestra lucha; y por otro, un profundo anhelo de vivir para Aquel que tanto nos amó.

Cuando comprendemos que Cristo intercede constantemente por nosotros, el pecado deja de ser atractivo. No queremos fallar a Aquel que nos cubre con Su gracia. La intercesión de Jesús no es un permiso para pecar, sino un llamado a vivir en gratitud, sabiendo que cada caída ya fue cubierta por Su obra.

Amados, escribo con la apasionada intención de encontrar palabras que puedan ayudar a todos mis hermanos. A lo largo de mis muchos años de ministerio, he conocido un sinnúmero de tristes historias de fracasos, y estoy convencido de que puedo ayudar a muchos. Tal vez alguien sienta que su debilidad es demasiado grande y que su historia está marcada por errores que parecen imposibles de borrar. Pero necesito que reconsideren esto; por eso, en cada capítulo he repetido algunos conceptos y versículos fundamentales.

Por favor, escuchen esta verdad: ***“En Cristo vivimos, nos movemos y somos” (Hechos 17:28)***. Él intercede por nosotros ante el Padre. No se cansa de presentar nuestra causa como un hábil abogado; no se avergüenza de llamarnos hermanos (**Hebreos 2:11**); no deja de amarnos con gran intensidad. Dio todo por nosotros, incluso Su propia vida, y aun así continúa levantándonos. Él cree que tendremos la fe necesaria, y espera que nosotros creamos en Él. Por eso, cuando Pedro fue solicitado por Satanás para ser zarandeado, Jesús no impidió el proceso, pero pidió fe para que su amado discípulo pudiera estar firme (**Lucas 22:32**).

Nuestra seguridad ante las caídas no descansa en la fuerza de nuestro carácter, ni en la solidez de nuestra disciplina espiritual, sino en el poder de la cruz. Allí quedó establecida, de una vez y para siempre, la garantía del perdón. El apóstol Pablo lo afirma con claridad: ***“En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia.” (Efesios 1:7)***.

No es un perdón limitado ni frágil; es un perdón que fluye de la infinita riqueza de la gracia divina. Cuando fallamos, así sea en lo más mínimo, la cruz nos recuerda que no dependemos de nuestra capacidad de mantenernos firmes, sino de la fidelidad de Aquel que murió y resucitó por nosotros.

Si el perdón dependiera de nuestro desempeño, viviríamos esclavos del temor y de la inseguridad. Pero al estar fundamentados en Cristo, podemos vivir en libertad y

esperanza. Es en este punto donde la gracia de Dios se convierte en una fuerza transformadora: no solo nos limpia de la culpa, sino que nos levanta para seguir adelante.

El apóstol Juan escribe una de las declaraciones más esperanzadoras de toda la Escritura y no puedo dejar de repetirla nuevamente:

“Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad.”

1 Juan 1:9

Aquí se unen dos atributos divinos: fidelidad y justicia. Dios no nos perdona porque minimice el pecado, sino porque Cristo lo cargó en nuestro lugar. Su perdón no es un acto arbitrario, sino justo, porque la deuda ya fue pagada en el Calvario. De esta manera, cada confesión sincera es recibida con un sí eterno de parte de Dios.

Esto cambia radicalmente la manera en que enfrentamos nuestras fallas. No caminamos bajo el temor de ser rechazados, sino bajo la seguridad de ser amados y restaurados. La cruz es como un refugio que nunca se cierra, un lugar donde el pecador arrepentido siempre encuentra brazos abiertos. El escritor de Hebreos lo declara con solemnidad:

“Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados.”

Hebreos 10:14

La obra de Cristo no necesita añadidos ni requiere sacrificios adicionales: ya todo fue consumado. Aun así, la gracia no debe ser entendida como un permiso para vivir descuidadamente. El apóstol Pablo, al responder a quienes pensaban que la abundancia de gracia autorizaba el desenfreno, fue categórico:

“¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera.”

Romanos 6:1 y 2

La verdadera gracia no es cómplice del pecado, sino enemiga de él. Cuando entendemos el costo de nuestra redención, el corazón se llena de gratitud y reverencia. El creyente que contempla la cruz no desea abusar de la gracia, sino honrarla con una vida que refleje al Salvador.

Por eso, cuando fallamos, lo que Dios espera de nosotros no es auto-condena, sino arrepentimiento sincero y fe renovada. El arrepentimiento no es un castigo, sino un regalo; no es un muro que nos separa, sino un puente que nos devuelve a la comunión. Cada vez que nos levantamos en la gracia, testificamos al mundo que Cristo vive y reina sobre todo poder de las tinieblas. Nuestras fallas no son la última palabra; la última palabra siempre pertenece al Dios de misericordia.

Amados hermanos, una vez más: quizá lleven cicatrices de batallas espirituales en las que sintieron que fallaron demasiado. Pero déjenme decirles, con toda

autoridad bíblica, que Dios no se sorprende de nuestros pensamientos, sentimientos ni obras. Él ya sabía de antemano cuáles serían nuestras luchas y pecados, y aun así nos amó hasta la muerte. Cristo nos ha limpiado con Su sangre antes de que diéramos el primer paso en la fe, y seguirá intercediendo hasta que nuestra fe sea perfeccionada en gloria.

No vivamos en la sombra del fracaso; vivamos en la luz de la gracia. No permitamos que la vergüenza defina nuestra identidad, porque nuestra identidad está sellada en la cruz. Y cada vez que tropecemos, recordemos que no estamos ante un Dios sorprendido, sino ante un Padre que extiende Su mano para levantarnos, un Hijo que intercede por nosotros y un Espíritu que nos fortalece para seguir adelante. Esa es la esperanza del Evangelio: aunque falleemos muchas veces, muchas veces nos levantará el Señor.

***“Porque siete veces cae el justo, y vuelve a levantarse;
Más los impíos caerán en el mal.”***

Proverbios 24:16



Capítulo siete

PERDONADOS POR DIOS Y POR NOSOTROS MISMOS

“No juzguen, y no se les juzgará. No condenen, y no se les condenará. Perdonen, y se les perdonará.”

Lucas 6:37

Hemos visto que uno de los mayores enemigos de nuestra vida espiritual es, nada menos, que la culpa: esa voz silenciosa que pretende recordarnos una y otra vez los errores cometidos. Esa voz que señala lo que hicimos mal y busca hacernos sentir fracasados en lo más profundo de la conciencia. Desde el Edén, cuando Adán y Eva se escondieron detrás de los árboles temiendo la voz de Dios, la humanidad aprendió a cargar con esa vergüenza que la separa del Creador.

El pecado no solo rompió la relación con Dios, sino que dejó en el corazón humano una herida de condenación: un eco perpetuo que susurra “fallaste, no eres digno, no hay lugar para ti”. Y es precisamente allí donde comienza a brillar el fundamento del evangelio: el perdón divino.

El perdón no es un gesto pasajero de Dios, ni una decisión emocional tomada en un instante de compasión; es el resultado eterno de la obra de Cristo en la cruz. El fundamento del perdón no descansa en lo que nosotros hacemos, sino en lo que Cristo ya hizo. La sangre derramada en el Gólgota no cubrió simplemente una falta temporal, sino que abrió un camino permanente de reconciliación. Allí, en la cruz, el Hijo de Dios llevó sobre sí nuestra culpa y nuestro castigo, y lo anuló con Su amor.

Muchos cristianos aún luchan con esta verdad. En sus mentes, el perdón divino se percibe como frágil, condicionado a su desempeño espiritual. Piensan que si oran más, si sirven más, si muestran mayor devoción, entonces Dios podría extenderles su perdón. Pero la Palabra nos muestra que el perdón precede al esfuerzo humano; es la base, no la recompensa.

“Más Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros.”

Romanos 5:8

El perdón no es el resultado de nuestras manos extendidas hacia el cielo, sino de la mano de Dios extendida hacia nosotros en la persona de Jesucristo. Aquí radica la diferencia entre la gracia cristiana y cualquier intento humano de purificación.

Otras corrientes espirituales o filosóficas insisten en que la limpieza interior depende de rituales, disciplinas o

méritos. Pero el evangelio del Reino nos confronta con una realidad gloriosa: somos perdonados porque Dios, en Cristo, decidió amarnos sin medida.

El profeta Isaías lo anunció siglos antes: ***“Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana” (Isaías 1:18).*** El perdón divino no es un maquillaje espiritual que oculta manchas, sino un lavado profundo que transforma la esencia misma del alma.

No obstante, abrazar esta verdad no siempre es fácil, porque la mente, acostumbrada a transacciones y recompensas, nos hace pensar que necesitamos pagar de alguna manera por lo que hicimos mal. Así, algunos caen en el legalismo, buscando “compensar” sus fallos con obras; otros caen en la desesperanza, creyendo que sus pecados son demasiado grandes para ser perdonados. Pero Jesús mismo afirmó: ***“El que a mí viene, no le echo fuera” (Juan 6:37).*** Ningún pasado es tan oscuro como para apagar la luz del perdón divino; ninguna caída es tan profunda como para que la gracia no pueda levantarnos.

El fundamento del perdón divino también nos invita a descansar. La voz de la culpa insiste en que debemos seguir castigándonos, recordando una y otra vez nuestros fracasos, pero la voz de Cristo declara: ***“Consumado es” (Juan 19:30).*** Ese grito victorioso no solo significó el final de su sufrimiento, sino también el inicio de nuestra libertad. La

deuda fue cancelada; no queda nada pendiente. El apóstol Pablo lo expresa con firmeza:

“Anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz.”

Colosenses 2:14

Al comprender esto, el corazón se abre a una dimensión nueva de la vida cristiana. El perdón de Dios no es una promesa lejana, sino una realidad presente que nos define. Ya no somos esclavos de la culpa, sino hijos amados que caminan bajo la sombra de la cruz y la luz de la resurrección. Este fundamento no solo sostiene nuestra fe, sino que también se convierte en la roca sobre la cual podemos comenzar el camino del auto-perdón y la verdadera restauración.

Si bien aceptar el perdón de Dios es un acto de fe, muchas veces el desafío no solo es creer que Dios nos ha perdonado, lo cual es lo más importante, sino también en perdonarnos a nosotros mismos. La paradoja de la vida cristiana es que, aun cuando la Palabra afirma con claridad que la deuda fue cancelada, el corazón insiste en cargarla como si todavía estuviera pendiente.

En ocasiones, somos como un prisionero a quien se le abre la puerta de la celda, pero que, por temor o incredulidad, decide permanecer encerrado. El enemigo conoce bien esta debilidad y susurra constantemente: “¿De verdad crees que

Dios te perdonó? ¿Acaso no sigues siendo el mismo?”. Y aunque el Señor ya nos declaró libres, el alma puede quedar atrapada en la prisión de la culpa.

Perdonarnos a nosotros mismos significa alinearnos con la voz de Dios y no con la del acusador. Cuando nos negamos a soltar la culpa, lo que en realidad hacemos es levantar un testimonio contrario al evangelio, como si dijéramos: “La cruz no fue suficiente para mí; debo seguir castigándome”. Pero la verdad es que insistir en cargar lo que Dios ya quitó no es humildad, sino incredulidad. La humildad genuina reconoce que no puede salvarse a sí misma y, por lo tanto, acepta con gratitud el regalo del perdón.

Sin embargo, el camino hacia el auto-perdón no es automático. Muchas veces implica enfrentar heridas del pasado, reconocer errores dolorosos e incluso pedir perdón a otros. El Espíritu Santo nos guía en este proceso, no para atormentarnos, sino para liberarnos. Jesús dijo que el Espíritu Santo nos recordaría toda verdad (**Juan 14:26**). Y una de esas grandes verdades es que, aunque nuestro corazón nos condene, en Dios podemos estar confiados:

“De esta manera sabremos que somos de la verdad y podremos sentirnos seguros delante de Dios. Si nuestro corazón nos acusa de algo, Dios es más grande que nuestro corazón y lo sabe todo. Queridos hermanos, si nuestro corazón no nos acusa, tenemos confianza delante de Dios.”

1 Juan 3:19 al 21 DHH

Perdonarnos también significa aprender a soltar el pasado. El apóstol Pablo, que había perseguido a la Iglesia y aprobado la muerte de Esteban, podría haberse consumido en la culpa. Sin embargo, escribió con valentía: ***“Olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta”*** (Filipenses 3:13 y 14). Pablo no negaba su historia, pero tampoco permitía que su historia lo definiera. El perdón recibido de Dios lo capacitó para perdonarse y mirar hacia adelante con esperanza.

Aquí encontramos un principio fundamental: no podemos avanzar si seguimos mirando constantemente hacia atrás. La culpa nos ata al ayer, pero el perdón nos impulsa hacia el mañana. El enemigo quiere que el creyente viva paralizado, dudando de su identidad en Cristo, debilitado por los recuerdos de errores pasados. Pero Dios nos invita a caminar ligeros, con la certeza de que todo lo viejo quedó clavado en la cruz.

La confesión y el arrepentimiento sinceros no solo limpian, sino que abren la puerta a la libertad. Como afirma **1 Juan 1:9: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”**. Aquí no hay excepciones. Si un hijo de Dios peca y se acerca en genuino arrepentimiento, no encontrará límite alguno en la gracia divina.

En lo práctico, perdonarnos implica aprender a hablarnos con la misma gracia con la que Dios nos habla. Muchos creyentes se insultan a sí mismos en silencio y se

llaman “inútiles”, “fracasados”, “hipócritas”. Pero Dios nos llama “hijos amados”, “santos”, “linaje escogido”. ¿Cuál voz escogeremos creer? El auto-perdón es, en última instancia, un acto de obediencia a la voz de Dios que dice: ***“Ya no hay condenación para los que están en Cristo...”***

Así, cada vez que la culpa intente regresar, la respuesta no debe ser un esfuerzo humano, sino un recordatorio del evangelio: ***“Ya no vivo yo, más vive Cristo en mí” (Gálatas 2:20)***. Perdonarnos a nosotros mismos es dejar de mirarnos desde la óptica de nuestras caídas y comenzar a mirarnos desde la óptica de la cruz. Es vivir conscientes de que el Padre no nos trata conforme a nuestros pecados, sino conforme a la justicia perfecta de su Hijo.

Debo ser claro en esto: que nosotros no nos perdonemos no condiciona en nada el perdón de Dios. Sin embargo, sí puede condicionar la forma en la que vivimos la fe. Es muy difícil avanzar hacia una vida plena en Cristo cuando no nos creemos dignos de cultivar una íntima comunión con el Señor.

El auto-perdón no es un ejercicio de autoestima ni una técnica psicológica para aliviar la conciencia; es un acto profundamente espiritual que refleja hasta qué punto confiamos en la obra consumada de Cristo. Perdonarnos a nosotros mismos no significa justificar nuestros errores ni minimizar el pecado, sino reconocer que lo que Cristo hizo en la cruz es más grande que cualquier error cometido. Es confesar con la vida entera que la gracia es suficiente.

El apóstol Juan lo expresó de manera sencilla y contundente: ***“Si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo” (1 Juan 2:1).*** Cada vez que elegimos vivir libres de la culpa, estamos declarando que nuestro Abogado sigue vigente, que Su sangre sigue hablando más fuerte que nuestra conciencia, y que Su justicia nos ha sido imputada. El auto-perdón es, entonces, un eco de la voz de Cristo diciendo, crean en mi obra consumada.

Cuando una persona se niega a perdonarse, aun habiendo sido perdonada por Dios, en el fondo está levantando un tribunal paralelo al del cielo. Es como si dijera: “Dios me absolvió, pero yo no lo hago...” Esto, lejos de ser un signo de humildad, revela incredulidad y orgullo disfrazado.

La humildad verdadera no se aferra al dolor propio, sino que se rinde a la voz de Aquel que dijo:

“De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida.”

Juan 5:24

El auto-perdón, en este sentido, es una proclamación de fe. Es decir con valentía: *“Creo que la obra de Cristo es suficiente para cubrir incluso mis peores pecados”*. Esto transforma la manera en que caminamos. Un creyente que ha aprendido a perdonarse no se esconde más en la vergüenza, sino que vive en libertad para servir, amar y avanzar.

Perdonarnos a nosotros mismos, entonces, no es un acto aislado, sino parte de nuestra comunión con Cristo. Es vivir a la luz de Su sacrificio, creyendo que Su gracia nos limpia cada día. Este es el poder del auto-perdón: abre la puerta a la restauración y al propósito. No se trata simplemente de sanar las emociones, sino de disponernos para la misión que Dios nos confía.

Mientras nos mantenemos atados a la culpa, no podemos levantar la mirada hacia la obra que tenemos delante. Pero cuando creemos que la cruz es suficiente, comenzamos a caminar en la libertad gloriosa que tenemos otorgada, todos los hijos de Dios.

El auto-perdón es, por tanto, una expresión concreta de esa fe. Es tomar la cruz de Cristo como punto de partida y no como un simple consuelo. Es dejar que la gracia defina nuestra identidad, en lugar de que nuestros fracasos lo hagan. Es caminar con la convicción de que la voz de Dios tiene más autoridad que la voz interna que nos acusa.

Cuando el creyente se perdona a sí mismo en la fe, se convierte en testimonio vivo de la eficacia de la cruz. Ya no predica solo con palabras que “Dios perdona”, sino que encarna esa verdad en su propia vida. Y así, otros pueden ver en él, un reflejo de Cristo, no porque sea perfecto, sino porque vive abrazado al perdón perfecto.

De esta manera, el auto-perdón se convierte en una forma de adoración: aceptar lo que Dios ha hecho, descansar

en Su gracia y caminar con gratitud. No es olvidar el pecado, sino recordar la gracia que lo venció. No es negar la herida, sino mostrar la cicatriz como evidencia de la restauración. Y cada vez que nos vemos tentados a revivir la culpa, podemos responder con la voz del evangelio:

“Por lo tanto, el que está unido a Cristo es una nueva persona. Las cosas viejas pasaron; han sido hechas nuevas. Todo esto es obra de Dios, quien, por medio de Cristo, nos reconcilió consigo mismo y nos dio el encargo de anunciar la reconciliación.”

2 Corintios 5:17 y 18



EPÍLOGO

*“De la caída a la gracia,
De la vergüenza a la victoria”*

Cómo hemos visto en cada una de las páginas de este libro, la vida cristiana es un peregrinaje marcado por luchas, debilidades y caídas. Ningún hijo de Dios ha caminado sin tropiezos; todos, en mayor o menor medida, hemos experimentado el peso de la frase que da título a este libro: *“Señor, te fallé otra vez...”*.

Es un clamor que nace del corazón quebrantado, de la conciencia que reconoce su fragilidad y del alma que se duele por no haber alcanzado la medida de Cristo. Y sin embargo, ese clamor, que parece impregnado de derrota, puede convertirse en la puerta de la verdadera victoria cuando lo presentamos delante del trono de la gracia.

Dios nunca ha estado sorprendido por nuestra debilidad. Él conoce nuestra condición más de lo que nosotros mismos la entendemos. Ese conocimiento no le aleja de nosotros, sino que le impulsa a extender su misericordia. Por eso, cuando confesamos nuestra fragilidad, no nos acercamos a un Dios que nos rechaza, sino a un Padre que nos levanta.

La historia de la Biblia no es un registro de hombres y mujeres perfectos, sino de personas comunes que, en medio de sus caídas, fueron sostenidas por la gracia de Dios. Abraham dudó, Moisés desobedeció, David cayó en pecado, Pedro negó a su Maestro, y sin embargo, la gracia los alcanzó y los restauró. La Escritura nos muestra con claridad que el evangelio no es la exaltación del esfuerzo humano, sino la revelación del poder de Dios que se perfecciona en la debilidad.

Por eso, este libro no termina en la frustración, sino en la esperanza. El evangelio no nos deja atrapados en el lamento del *“te fallé otra vez...”*, sino que nos conduce al júbilo del *“Tu gracia me sostuvo otra vez”*. El cristiano no es definido por sus fallas, sino por la fidelidad de Aquel que lo restaura. No somos esclavos de nuestra debilidad, porque Cristo ya venció en la cruz. Y esa victoria es ahora nuestra herencia, no por mérito, sino por gracia.

El camino hacia la victoria no consiste en negar nuestras luchas ni en aparentar una perfección inexistente. Al contrario, la verdadera libertad se encuentra cuando dejamos de confiar en nosotros mismos y abrazamos el poder del Espíritu Santo. Como hemos visto en la carta de Pablo a los Romanos, el Espíritu nos recuerda que no hay condenación para los que están en Cristo Jesús, y nos capacita para vivir en victoria. La carne siempre intentará arrastrarnos, pero el Espíritu nos levanta hacia la vida.

Amados hermanos, quizás alguno de ustedes haya llegado hasta aquí con el peso de muchas caídas acumuladas, con la vergüenza de pecados repetidos o con la sensación de haber decepcionado a Dios demasiadas veces. Quiero asegurarles, con la autoridad de la Palabra, que la gracia de Cristo es más grande que todo pecado. Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia (**Romanos 5:20**). No hay un fracaso tan grande que Cristo no pueda redimir, ni una herida tan profunda que Su amor no pueda sanar.

Hoy es el día en que pueden decidir no vivir bajo la condenación del enemigo, sino bajo la verdad de la cruz. No escuchen la voz acusadora que les habla negativamente. Escuchen la voz del Padre que nos llama cada día: ***“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”*** (Mateo 11:28). Ese descanso no es ausencia de lucha, sino presencia de gracia en medio de la lucha.

El desafío final es claro: no se conformen con una vida de lamentos, sino levántense en el poder del Espíritu Santo. Dejen que esa declaración: *“Señor, te fallé otra vez...”* sea transformada en una declaración de victoria. Hagan de sus debilidades un altar donde la gloria de Cristo se manifieste. Y recuerden que el cristianismo no se trata primeramente de nuestra fidelidad hacia Dios, sino de Su fidelidad hacia nosotros. Y es por esa fidelidad, que no solo somos salvos, sino que también, somos capacitados espiritualmente para ser fieles de verdad.

Oración Final:

Padre Eterno, venimos delante de ti reconociendo nuestra fragilidad. Muchas veces hemos fallado, y nuestro corazón se ha quebrantado bajo el peso de nuestras caídas. Pero hoy nos levantamos en el poder de Tu gracia. Declaramos que no hay condenación para los que estamos en Cristo Jesús...

Señor, enséñanos a caminar en el Espíritu y no en la carne. Haz que nuestra vida ya no esté definida por la frustración, sino por la victoria que Cristo obtuvo en la cruz. Que el fruto de Tu Espíritu se manifieste en nosotros cada día: amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y templanza...

Te entregamos nuestras debilidades, nuestras luchas y nuestros temores. Reconocemos que sin Ti nada podemos hacer, pero contigo somos más que vencedores. Hoy decidimos confiar en tu fidelidad y descansar en tu gracia...

Gracias por amarnos cuando no lo merecíamos, por levantarnos cuando caímos, y por sostenernos con Tu misericordia. Que cada día de nuestra vida sea un testimonio de que Tu poder se perfecciona en nuestra debilidad...

*En el nombre de Jesús, nuestro Salvador y Señor, oramos.
¡Amén!*

Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en [mí página personal](http://www.osvaldorebolleda.com) **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Doctor y maestro de la Palabra

Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

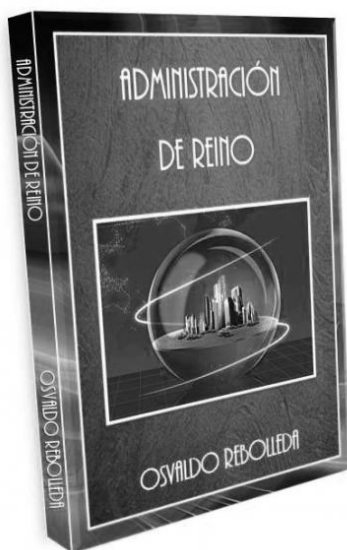
Doctorado Honoris Causa en Divinidades de

La Universidad teológica de Estados Unidos.

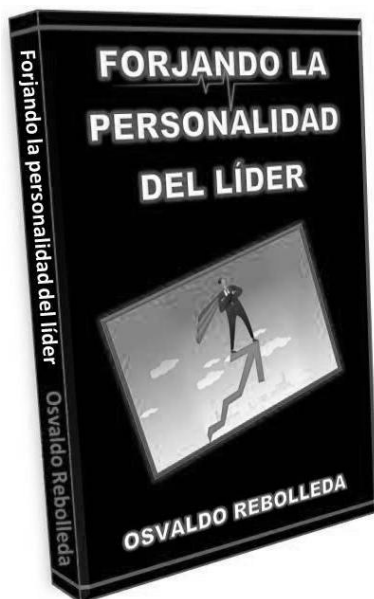
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

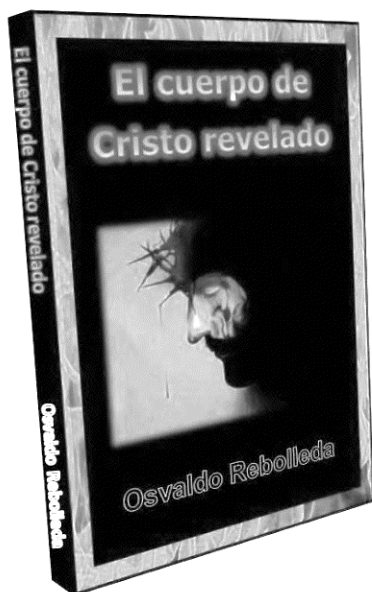
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

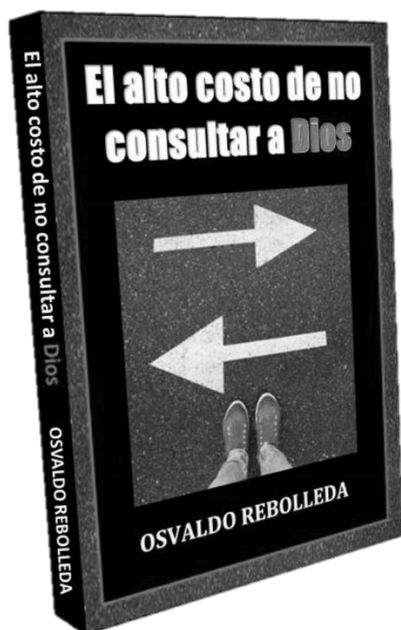


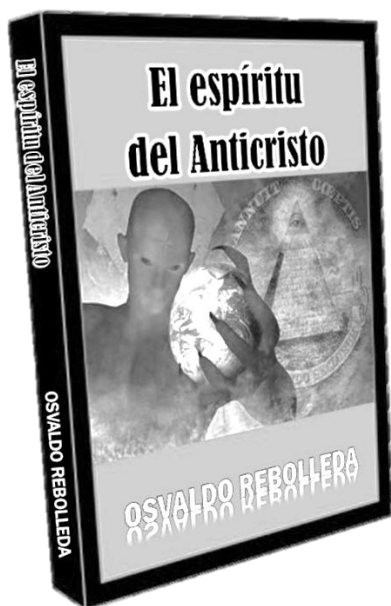
www.osvaldorebolleda.com



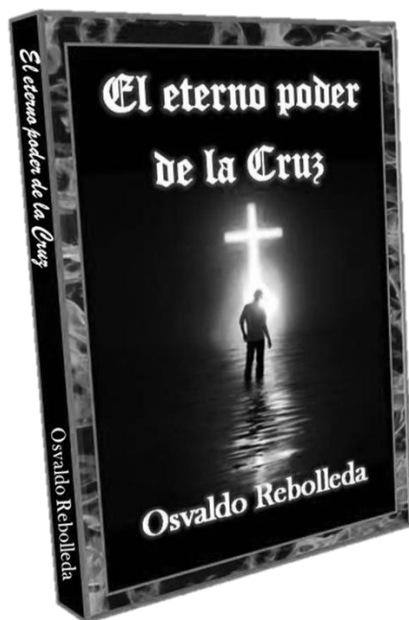
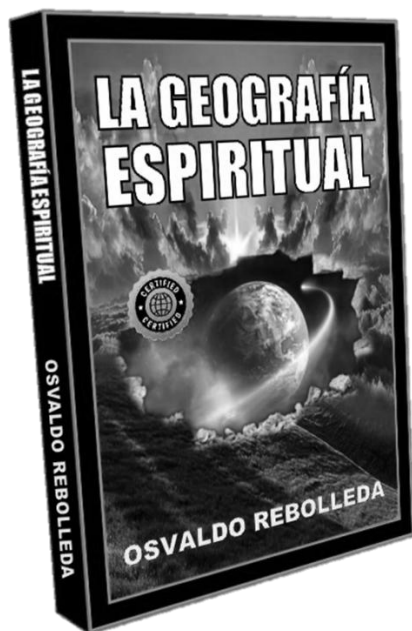


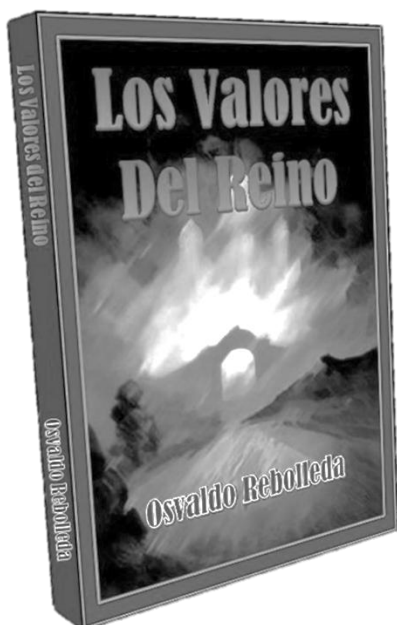
www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolledo.com

